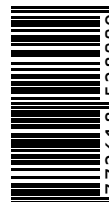


# barjillo

En Rosario, el ruido de la cultura

NÚMERO 8  
Agosto 2020  
ROSARIO \$350

Foto: Nora Lezano



9 772618 528009



ENTREVISTA A LA GRAN  
CANTORA LILIANA  
HERRERO, QUE HABLA  
A FONDO DE LOS TEMAS  
QUE LA ATRAVIESAN

## El río, el tiempo y la memoria

**RESCATE HISTÓRICO:** LA PRESENTACIÓN DE EL OPUS, DE JORGE RIESTRA.  
**INFORME ESPECIAL:** LAS REVISTAS DE AYER, POR BEATRIZ VIGNOLI.  
**CRÓNICA:** PASAJE MESSI. **ENSAYO FOTOGRÁFICO:** LOS DÍAS DE PANDEMIA.





# PLAN Detectar

Salimos en busca del virus en diferentes barrios para localizar tempranamente personas con síntomas Covid-19 y evitar su propagación.

#NadieSeSalvaSolo

El paso a paso:

1

Selección de zonas de alto riesgo de propagación del virus.

2

Intervención en el territorio con los equipos de salud.

3

Hisopados a personas que presenten síntomas compatibles.

4

Aislamiento preventivo hasta obtener el resultado del test.

Sí te cuidás vos, nos cuidamos todos.

PROVINCIA DE SANTA FE

STAFF

barullo

**Directores**

Horacio Vargas  
Sebastián Riestra  
Perico Pérez

**Colaboran en este número**

Alicia Salinas  
Beatriz Vignoli  
Edgardo Pérez Castillo  
Fernanda Blasco  
Hugo Vitantonio  
Miguel Roig  
Ricardo Robins

**Fotografía**

Sebastián Vargas  
Nora Lezano

**Diagramación**

Fabiana Colovini

**Editor Web**

Agustín V. Hoffmann

**Seguinos en**

www.barullo.com.ar  
@revistabarullo  
revista\_barullo  
@barullorevista

**Distribuye**

Homo Sapiens Ediciones  
Sarmiento 825, Rosario

**Impresión**

Talleres Gráficos Fervil S.R.L.  
Santa Fe 3316 | Tel. 0341 4372505 |  
2000 Rosario | Santa Fe | Argentina

**Editor responsable**

Horacio Vargas  
barullorevista@gmail.com  
Registro de la propiedad  
intelectual3055388

Barullo integra la Asociación de Revistas Culturales Independientes de Argentina (ARECIA).



## A modo de editorial Postales de la aldea

Eran tarjetas ilustradas, rectangulares, de cartulina o cartón fino, preparadas para escribir y enviar por el correo tradicional sin necesidad de usar un sobre. Los visitantes –extranjeros, en su mayoría– las utilizaban para dar cuenta del lugar donde estaban: la Rosario de principios del siglo pasado. Y elegían –tal vez al azar– una de calle Córdoba o la plaza 25 de Mayo, el Colegio Alemán, calle San Martín, los baños del Saladillo, una vista parcial del puerto, bulevar Oroño, el Palacio de Justicia, calle Corrientes... La misma ciudad, otro tiempo.







06

**6/7.** El fallecimiento de Hermes Binner, claro impulsor del **PUERTO DE LA MÚSICA**, diseñado por el notable arquitecto brasileño Oscar Niemeyer, reabre el debate sobre el proyecto trunco.

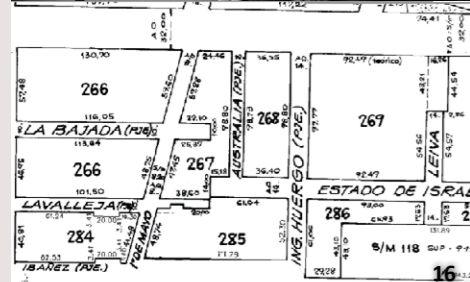


10

**10/15.** Entrevista (y nota de tapa) a **LILIANA HERRERO**, una figura consagrada dentro de la música popular argentina. Una cantora con un estilo interpretativo único.

**16/19.** Desde hace años el barrio se transforma en un permanente ir y venir de feligrases del fútbol que quieren conocer la casa natal de Messi. **LAVALLEJA** –general de Artigas- es el nombre de la calle.

**20/21.** Los días de **PANDEMIA** a través de la mirada de un grupo de fotógrafos.



16

**22/27.** El Archivo Histórico de **REVISTAS** Argentinas (AHiRA), a través de un enorme trabajo de digitalización, reafirma una tradición importantísima de revistas literarias y culturales de Rosario.

**28/31.** En 1986, se presentó la novela **ELOPUS** de Jorge Riestra en la librería Ross con la participación de la escritora Alma Maritano, el poeta Hugo Diz y el editor Carlos Kolodziej, del sello Coquena. Barullo rescata este momento histórico.

**33/37.** La librería y editorial **HOMO SAPIENS** celebra este mes 40 años. Desde Rosario terminó ocupando un lugar clave en el mercado editorial argentino.

**ESCRIBEN MIGUEL ROIG Y HORACIO VARGAS.**



22



28



DECRETO 606/20. EN ROSARIO ES OBLIGATORIO EL USO DE CUBREBOCA

**Usar cubreboca es cuidarnos y respetar**

**Ajustalo firme: que cubra boca, mentón y nariz. Y además: lavá tus manos y mantené la distancia física.**



**CONCEJO MUNICIPAL DE ROSARIO**



Municipalidad de Rosario

## OPINIÓN

# Los avatares del Puerto de la Música

Por  
Hugo  
Vitantonio  
(\*)

El 10 de octubre de 2008 el gobernador de Santa Fe, Hermes Binner, presentaba en sociedad su proyecto estrella: el Puerto de la Música. Curiosamente, centros culturales que ostentan la mayor jerarquía en el mundo y nuestro país, todos en funcionamiento y receptores de los mayores elogios, soportaron durante su desarrollo y construcción interminables listas de objeciones, críticas, olvidos y hasta largas y poco explicables interrupciones. Nos acompañarán en el análisis de esos procesos grandes gestores culturales de la historia que vendrán a traernos tranquilidad y soporte a nuestras ansiedades. Sí, con el tiempo, los avatares se convierten solo en anécdotas.

En primer lugar aparece Mariano Moreno. La Biblioteca Pública de Buenos Aires –antecesora directa de la Biblioteca Nacional– fue creada por decreto de la Primera Junta el 13 de septiembre de 1810. Moreno pensaba que entre sus tareas estaba la de “constituir modos públicos de acceso a la ilustración, visto esto como requisito ineludible para el cambio social profundo”. “Precisamente, el actual edificio de la Biblioteca, fue objeto de una prolongada empresa arquitectónica que abarcó desde la necesidad de un nuevo edificio en 1960, cuando la ley 12.351 destina tres hectáreas para su construcción, hasta su inauguración, recién en 1993”, se lee en la web oficial.

Más cercano es el caso del ingeniero y arquitecto Ángel Guido, responsable nada más y nada menos que de la construcción del Monumento Nacional a la Bandera. Esta obra, luego de más de cuarenta años de intentos frustrados, vio la luz cuando Guido y Bustillo ganan el concurso respectivo en 1943 (Bustillo luego no continuó). Su construcción es obra de los dos primeros gobiernos de Juan Domingo Perón, tiempos durante los cuales Guido debió sortear no pocos inconvenientes. La lamentable irrupción de la Revolución Libertadora interrumpiendo el orden institucional en 1955 le impidió a Perón inaugurar el monumento. La obra fue inaugurada finalmente el 20 de Junio de 1957.

Corría el año 1959, y por decisión del Estado de Nueva Gales del Sur en Australia, el joven arquitecto danés Jørn Utzon comenzaba la construcción de la Casa de la Opera de Sydney. Actualmente Patrimonio de la Humanidad, esta construcción expresionista de diseño radical e innovador, constituyó uno de los edificios más famosos y distintivos del siglo XX. Las líneas bocetadas por Utzon no sólo implicaron enormes dificultades para la ingeniería de la época, sino que demandaron mayores tiempos y presupuestos. Aun con esas dificultades, propias de todo gran emprendimiento, el proyecto avanzó sin pausa gracias al apoyo del primer ministro Joseph Cahill. Pero desafortunadamente, cuando las dos primeras etapas de la obra estaban concluidas (podio superior y bóvedas externas), y solo restaban el diseño y la construcción de los interiores, cambió el gobierno estadual y la “nueva” política conservadora avanzó sobre Utzon, quien debió abandonar el proyecto y el destino hizo que nunca pudiera verlo consumado. En ese punto, Utzon necesitaba 18 meses y llevaba gastados 22 millones de dólares. El nuevo staff demandó siete años más y el presupuesto fue de 102 millones.

Por último, Oscar Niemeyer. Este notable arquitecto brasileño inauguró el 29 de enero de 2010 el Auditorio Oscar Niemeyer en Ravello (Italia) luego de diez largos y duros años de trabajo, no tanto por su costo, sino por las polémicas, denuncias y recursos judiciales que debió soportar. Luego, en enero de 2011, inauguró el Centro Cultural Internacional Niemeyer en el Principado de Asturias (España). Finalmente, puso su firma al proyecto del Puerto de la Música que se construiría en Rosario, muy cerca del Monumento Nacional a la Bandera, a la vera del río Paraná (desde avenida Belgrano y avenida Pellegrini hacia el sur).

Ciertamente, ante la inexistencia de iniciativas e inversiones que apuntaran al mediano y largo plazos provenientes de políticas culturales robustas y consistentes, donde todo el esfuerzo parece estar dirigido a lo efímero e inmediato, la iniciativa del Puerto de la Música debió observarse como un bálsamo de sensatez y racionalidad. Sin embargo para algunas voces todo pareció ser producto de un gran error.

Según datos del Sistema de Información Cultural de la Argentina (Sinca), órgano dependiente del gobierno nacional, el PBI cultural creció en esos años al triple del promedio de la economía desde 2002 representando el 3,24 por ciento del PBI nacional, más que



la minería y la pesca, y la mitad de la industria de la construcción. En esa lógica, el Puerto de la Música no sería el fin de una zona portuaria “productiva”, sino que debía implicar una sustantiva inversión pública para transformar el lugar en un Puerto “Creativo”, el Puerto del “Futuro” por el que circularían bienes y servicios culturales, abastecedores de uno de los sectores más dinámicos de la economía: la cultura.

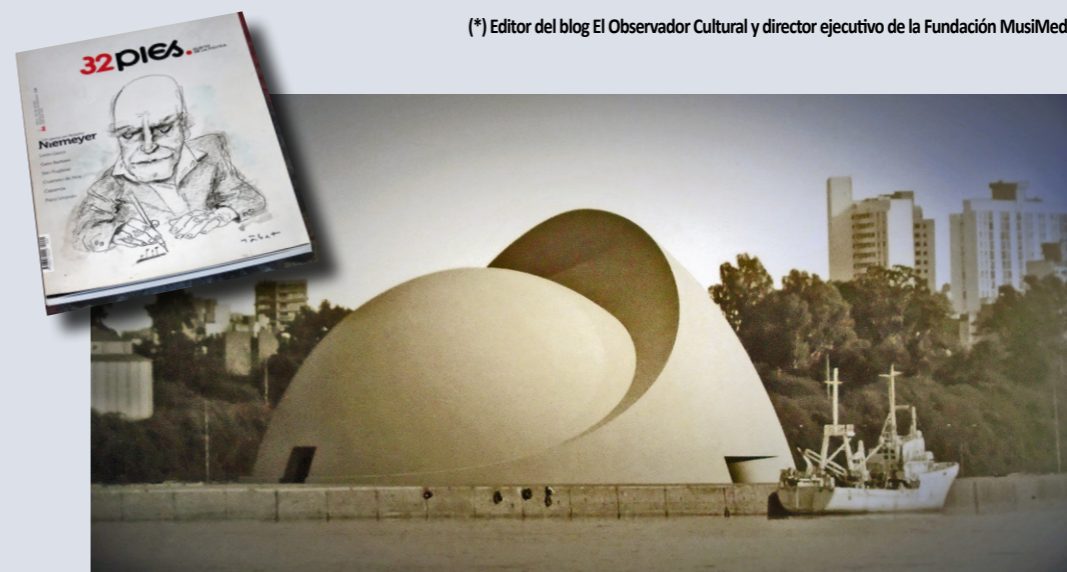
La idea de Puerto es harto más compleja que la del Palau de valencianos y catalanes, el Domo cordobés, el CCK, el Luna Park o los teatros y auditorios del modelo siglo XX. Puerto implica transabilidad, intercambios, mercado, circulación de bienes y servicios culturales, balanza comercial y, habiendo presencia estatal, el concepto puerto impone desarrollo local. Esta dimensión, aun por encima de la extraordinaria arquitectura, le otorgaba al proyecto relevancia y originalidad.

El Puerto de la Música venía a establecer una relación sustentable entre sonidos locales y globalización para transformar y actualizar profundamente el *sensorium* de lo musical, y delinear cómo lograr una balanza comercial equilibrada, si fuera posible superavitaria en términos transaccionales, pensando en el producto “cultura local” como marca constitutiva. En ese contexto, Rosario se subiría al escenario de las ciudades del mundo que creen en el progreso a partir del desarrollo de las potencialidades culturales de sus ciudadanos.

Los que creímos en ese proceso no estuvimos exentos de sufrir los mismos avatares de los casos antes mencionados pero, aún hoy, nos acompañan las musas de Mariano Moreno, Héctor Guido, Jørn Utzon, Oscar Niemeyer y muchos más. Entre ellos, Ricardo Grau, visionario concejal de la ciudad impulsor de la construcción del Anfiteatro Municipal Humberto de Nito en 1952 que también padeció largas postergaciones, la Asociación Cultural El Círculo que en 1943 salvó de su demolición al teatro La Ópera, actual teatro El Círculo...

El Puerto de la Música “no fue”, pero imprevistamente quienes pensamos la cultura de la ciudad nos enredamos en intensos debates. Ese clima debería recrearse, y convocados por Niemeyer (“ese hombre venido del mañana”, como diría la exministra de Innovación y Cultura de Santa Fe, Chiqui González) retomar las grandes agendas culturales de la ciudad. Si la historia se repite, los avatares serán un preanuncio. Todos celebraremos y presenciaremos la construcción cierta del Puerto de la Música. ♡

(\*) Editor del blog El Observador Cultural y director ejecutivo de la Fundación MusiMedios





## AMBOS MUNDOS

# Madame B. soy yo

Por  
Miguel  
Roig

La covid-19 nos confina en casa, pero también en nosotros mismos. Hoy sabemos cuántos pasos contiene la recta más larga, sin obstáculos, del departamento. También observamos una pantalla que no es la de silencio sino una membrana acuosa, un dique del tiempo, que nos devuelve sin cesar imágenes de la vida. Un travelling que se detiene, de manera caprichosa, en algún lugar del pasado.

Ahora veo una noche de verano en la casa familiar de calle Alsina, vecina al Cruce Alberdi. ¿Quizás el calor boreal de Madrid es el percutor de esta imagen? Mi padre está en la vereda con algún vecino conversando. Sé que más allá, a lo largo de las aceras se amontonan sillas con vecinos que comparten una serena tertulia nocturna. Yo estoy en el salón, sentado en el suelo de parquet, con mi amiga S. y delante nuestro, la tele encendida emite un capítulo de Rolando Rivas. Cuando giro la cabeza hacia la puerta abierta que abre paso a la calle, veo a mi papá que gesticula. Cuando miro a S. constato, una noche más, que no me hace caso. Estoy enamorado de ella. También de Mónica Helguera Paz, la novia de Rolando.

Cuando llega la publicidad, recuerdo, pasaban unas imágenes de Sinatra promocionando el que entonces era su último éxito: *Let me try again*. Ni S. ni yo sabíamos que ese montaje de imágenes de Sinatra era una avanzada de lo que después serían los videoclips. Sinatra cantaba, S. reía y yo creía que lo tenía que intentar de nuevo. Ahora, confinado, me doy cuenta de que a quien le decía que lo iba a volver a intentar, seguro que lo conseguiría, ya vas a ver, era a mi padre que, de tanto en tanto, me devolvía la mirada. Pero eso es ahora, no entonces.

Fabián Casas escribió el poema *Mónica Helguera Paz by Ezra*: “Yo que te tenía entre las cosas esenciales/ tuve que escuchar tu nombre/ en programas ordinarios”.

Cuenta León Gieco que en Rosario, en 1973, había una casa de fotos que ofrecía retratarte como Rolando Rivas. Te vestían, dice Gieco, con una camisa blanca abierta, una campera, el tubo de un teléfono de baquelita negro que sostenías en la mano. El fondo de la imagen era nocturno, lleno de estrellas. Es la foto que ilustra la tapa de su disco Verdaderas canciones de amor. Gieco tenía entonces veintidós años.

Así como Madame Bovary se aparta de la realidad, al sumergirse en los sueños de los folletines románticos de la época, uno de los personajes de *Las palmeras salvajes* de William Faulkner también. Es un joven condenado por el robo a un tren en el que esperaba encontrar una caja fuerte llena de oro, lo cual no sucede. Será en la cárcel donde piense que ha sido víctima de los escritores de novelas por entregas bajo cuyo influjo había preparado el golpe y a quienes responsabiliza de su suerte. De repente, aparece una posibilidad de fuga pero decide quedarse en la cárcel para estar a salvo de las historias.

“Madame Bovary, c’est moi”, es, según Julian Barnes, una alusión a la respuesta que dio Cervantes cuando le preguntaron por el origen de su personaje. Más lejos aún, Borges dejó dicho que “Quijote y Sancho son más reales que el soldado español que los inventó, pero ninguna criatura de Flaubert es real como Flaubert” y remite a su correspondencia. El grueso de las cartas son todas las enviadas a Louise Colet, su amante y “musa” como él le llama. Hay críticos que sostienen que esto es así ya que la habría utilizado para crear a Emma pero, además, como sostiene René Dumesnil, todo lo que le decía a Louise hubiera deseado decírselo a Elise Scheelésinger, el gran amor de su vida (la conoció de adolescente y jamás la alcanzó). Flaubert era Bovary.

“Todo lo que inventamos es verdadero, puedes estar segura”, le escribe a Louise, “mi pobre Bovary, sin duda, sufre y llora en veinte aldeas de Francia a la vez, a esta misma hora”.

Hay quien va a terapia para entender o para cambiar, para escucharse o para inventarse. A mí me parece que voy para contarme mi propio folletín, sesión tras sesión, para leerme y enajenarme de mí que es el mal de todos. Madame B. soy yo. Vos también. ●

**Escuchar para legislar, dialogar**  
**para garantizar derechos y construir**  
**una provincia más justa.**



**CÁMARA DE DIPUTADOS  
DE LA PROVINCIA  
DE SANTA FE**



LILIANA HERRERO

# “Ya recuperaremos la calle, y recuperaremos la música”

La gran cantora (como le gusta definirse) nacida en Entre Ríos y de largo paso por Rosario dialogó a fondo con BARULLO, habló de su oficio, familia, amores y amigos y aseguró, sin vacilaciones, que “una voz es mucho más que una técnica”

Por Edgardo Pérez Castillo

Fotos: Nora Lezano



“Cuando la encuentre, moriré”, asegura Liliana Herrero, que reflexiona sobre la búsqueda de la propia voz y no duda: “Cesará la vida, porque es una búsqueda interminable, desesperada, gozosa. Nunca la encontraré”. Desde su casa en Buenos Aires, la inmensa cantora entrerriana no duda, pero teme. La cuarentena en tiempos de pandemia la obliga a extrañar los ensayos, la llena de incertidumbre. “A veces pienso si no habré perdido lo que he buscado tanto –dice–. Se me presenta el fantasma de la pérdida de la voz. Son los años también. Pero ya recuperaremos la calle, y recuperaremos la música”. En 2019 Liliana Herrero publicó *Canción sobre canción*, donde resignifica once composiciones de Fito Páez. Un trabajo publicado 32 años después de su disco debut, ese que, bajo su nombre, se animó a lanzar por la insistencia de un joven Páez. Entre medio, la creadora nacida en Villaguay construyó un repertorio inmenso, renovador, inquietante. Un cuerpo cancionístico que se alimenta de los grandes temas que la atraviesan: el río (los ríos), el tiempo, la memoria. Todo, siempre, catalizado por la convicción de hacer propias todas y cada una de las canciones. “La acción de intervenir un tema ya es una acción política. Porque es sacar una cosa de un lugar y ponerlo en otro. ¡Podría ser un lema bastante importante para la política!”, resume, y ríe, Liliana Herrero, que se presta a un diálogo extenso para recordar su infancia y juventud en Villaguay, cuna de las tensiones que la constituyen. Para recuperar los años fundamentales en Rosario, las amistades, descubrimientos y pérdidas. Y para hablar, claro, de música; de creaciones y escuchas.

“En casa tenía una bandeja de discos sin saber qué hacer, si tirarla o no, si dejarla en la puerta de casa. Nunca la tiré y un día vino un técnico amigo que me dijo que se podía arreglar. ¡Yo estaba contentísima! Me la arregló y a partir de ahí empecé insistentemente con el disco, porque tengo parte de la colección de discos que tenía mi padre, que era enorme, toda una pared”, recuerda. Junto con esa porción de discoteca, Herrero recuperó también la carpeta que funcionaba como mapa para recorrerla: “Mi padre tenía una libretita negra, muy hermosa, que yo conservo, que tiene todo dividido por autores, sobre todo de música clásica –detalla–. Él sabía, por ejemplo, que Bach estaba en la cuadrícula del estante 65. Es una perla para mí, porque eso significa no sólo tener esos discos y volver a escucharlos, sino que si alguien se interesara, cotejando con la libreta negra podría saber qué cosas escuchaba en esa época un hombre como mi padre, llamado Juan José, bioquímico, en Villaguay. Y siempre, el misterio para mí, de cómo le llegaban esos discos”.

**–¿Descubriste, o entendiste nuevas cosas sobre tu padre, a partir de reencontrarte con esos discos, con cómo los tenía catalogados?**

–Sí, eso lo comprendí perdidamente. Cuando levantamos con mis hermanos esa casa, yo vi la carpeta, la tomé junto con los discos que me traje. Cuando la empecé a ver me di cuenta de su valor. No sólo por cómo estaban catalogados, sino por ver qué recorrido auditivo hacía mi papá, qué elegía, qué autores, qué directores de orquesta, qué discos de folklore o de tango. Mayormente era música clásica. Era un amante de la música, entonces también comprendí otras cosas. Esa música estaba en el living de mi casa, mi padre se encerraba allí y dirigía una orquesta invisible. Conocía perfectamente lo que estaba escuchando.

**–¿Tenía estudios musicales o era una acción lúdica?**

–Era absolutamente intuitivo. Mi papá era un gran músico. Pero no sabía leer o escribir música, sino que tocaba la guitarra de oreja. De todos modos, mucho después supe que cuando él era estudiante en Rosario iba a los conciertos en el teatro El Círculo, para él era una salida fundamental.

**–¿Tu llegada a Rosario tuvo que ver también con ese paso de tu padre por la UNR?**

–Sí. En el caso de mi padre, su familia no tenía plata para que él pudiera estudiar una carrera universitaria. Cuando mi padre terminó el secundario en Guaqueguay (no en Villaguay, que es donde nació), trabajó muchos años como maestro rural. Y fue director de una escuela rural. Ahí lo que hizo fue ahorrar su sueldo, iba gastando muy poco dinero en el campo, y con esos ahorros se fue a estudiar bioquímica a Rosario. Fue ahí donde conoció a mi madre. Mi mamá nació en Colón, provincia de Buenos Aires, y de muy niña se fue a vivir a San Nicolás. Ella fue la única, de una familia grande, que no eligió estudiar magisterio. El destino de una mujer, en esos años, era que se recibiera de maestra. Pero ella decidió estudiar bachillerato y esa elección suponía la continuidad de su formación en alguna carrera universitaria. Cuando toda su familia se mudó desde San Nicolás a Rosario, estudió farmacia. No sé en qué barrio vivían, pero en Rosario conoció a mi padre, se casaron y se fueron a vivir a Villaguay.

**–¿La música era algo que tu madre compartía con tu padre?**

–No, raramente. Respetaba mucho, y nos tenía a todos muy amaestrados: cuando mi papá se encerraba a escuchar música, no debíamos molestar. No sólo en eso: mi papá tenía el laboratorio de bioquímico en casa, y cuando venía la gente del campo a preguntar qué tenía que hacer para



hacerse al otro día un análisis de sangre, sabíamos qué contestarle: hacerse la extracción en ayunas, y siempre el gaucho preguntaba si podía tomar mate, entonces nos tenían amaestrados para que explicarles que sí, pero sin azúcar. Cosa rara igual, porque en Entre Ríos era una aclaración casi innecesaria, porque no se toma mate dulce, nunca tomé mate dulce, jamás. Siempre tomábamos mate amargo, y aún lo sigo haciendo.

**—¿Qué recuerdos tenés de tu padre en esos momentos de escucha? Esa situación de respetar su momento podría haber resultado una imposición que derivara en un distanciamiento. ¿Te acercabas a compartirlo?**

—Nosotros lo escuchábamos porque sólo nos distanciaba una puerta y él ponía la música al mango. Después sí recuerdo con mucha intensidad sus discusiones con el cura párroco, que se daban en casa y a los gritos.

**—¿Sobre qué discutían?**

—iSobre la existencia de Dios! Mi padre era un ateo, un hombre de la Reforma universitaria. En cambio mi madre era una mujer absolutamente religiosa. Incluso mis hermanos y yo tomamos la comunión a pedido de mi madre, a escondidas: mi papá nunca se enteró que tomamos la comunión. ¡Nunca lo supo! (ríe). Eso señala posiciones muy interesantes, donde se puede pensar este país con todas esas tensiones y contradicciones. Eso lo viví muy fuertemente en mi casa. También viví fuertemente el hecho de que a mi padre le gustaba mucho cazar y pescar. Mi papá había tenido tuberculosis ósea, entonces tenía una pierna más corta, caminaba rengo. Cuando íbamos a cazar él directamente desde el auto apoyaba su brazo sobre la ventanilla, pegaba el tiro y mataba la perdiz. Cuando llegábamos a casa con la bolsa arpillera llena de perdices, si alguna no había muerto por el tiro, mi papá la terminaba matando contra el mármol de la cocina. Después mi madre las

*“No extraño al aparato universitario, y de alguna manera lo de dar clases, ya sea dando una charla, participando de una mesa redonda, en el sentido de que yo entiendo la clase sigue siendo lo mismo. Es como la música, una conversación”.*

pelaba y hacía un escabeche riquísimo. Esas cosas le gustaban a mi papá, y acá vuelvo a la palabra tensión: entre la religión de mi madre, el ateísmo de mi padre, los rezos de mi madre antes de irse a dormir, las lecturas urgentes de mi padre que era un gran amante de la literatura, entre la bárbara caza de perdices a escuchar las músicas más exquisitas. En el medio de eso creo que está el arte. El arte está en medio de esas tensiones extraordinarias.

La llegada de Liliana Herrero a Rosario se dio en 1968, luego

de un paso por Paraná, donde cursó un año en un profesorado de enseñanza terciaria: “Pero no tenía ninguna vocación, estaba perdida en el mundo, como se suele estar en esos años (iy aun de viejo!), entonces cuando fui a Rosario no quería ninguna carrera que tuviera examen de ingreso”. La carrera, finalmente, fue Filosofía. “No creo que eso haya sido tan azaroso, porque sin duda había tomado algo de mi padre, que era un gran lector, un gran discutidor de política y un gran músico —aclara—. Todo ese mundo espiritual que acompañaba a mi padre fue absolutamente absorbido por mí. Sin percibirlo... porque uno nunca sabe bien qué piensa en el momento que está pensando, o hablando. Es muy difícil pensar la contemporaneidad, incluso este momento en que estoy hablando (en medio de una cuarentena, algo insólito e inesperado)”.

Una pensión en Roca y Córdoba fue la primera base de un peregrinar por casas, departamentos, peñas, el comedor universitario. El fulgor previo a la oscuridad, según sintetiza Herrero: “Eran los 60, años espectaculares para mí. Las luchas de los 60, el Rosariaz, todo eso fue impresionante. Mi hermano mayor ya estaba estudiando Medicina, después mi hermano menor vino a estudiar Ingeniería. Estudiábamos en serio, no estábamos de joda, porque nuestros padres nos mantenían. Pero era un aquelarre, el comedor universitario, las peñas, la militancia, la política. Todo eso era un batido fundamental, que uno puede condensar en la expresión de los 60, los 70. Hasta la podredumbre”.

La dictadura cívico-militar significó también el fin del vínculo entre Herrero y la Biblioteca Vigil, que se había iniciado en 1973 y donde realizó sus primeras grabaciones para los compilados musicales que publicaba (y rifaba) la emblemática entidad rosarina.

**—Vos venías de ese mundo lleno de información, las peñas, la política, la música. A partir del golpe, ¿dónde encontrabas aire? ¿Qué te llevó a quedarte?**

—Fue un momento muy difícil, oscuro, complejo, de muchos temores. Siempre tuve cerca amigos queridos que estaban en problemas, pero nos arreglamos como pudimos. No voy a dar detalles de eso, pero sólo puedo decir que después de 44 años, en febrero de 2019 fui a testimoniar a la causa Fedec 3, que se acaba de cerrar. Tuve una satisfacción muy grande por testimoniar allí. Estuve en Vigil hasta que fue intervenida. Pero tuve que rebobinar todo eso, porque cuando fui a testimoniar me ayudaron mucho unas compañeras que también tenían confusiones. Seguimos hablando de la memoria, cómo opera

*“Spinetta yendo a casa, Fito en casa, Horacio, mi hija Delfina. Era un mundo muy hermoso. Un mundo muy audaz artísticamente. Eso es Rosario para mí”.*



la memoria... Ir a testimoniar fue hermoso, el reencuentro fue hermoso, y lo más importante de todo fue el texto que leyó la jueza, que pude ver por streaming. Para mí es una reivindicación extraordinaria, porque en ese texto fundamenta el motivo de las condenas, no sólo a partir de los testimonios, sino a partir de una posición de lo que fue el golpe de Estado en Argentina.

Con la normalización democrática, en 1985 Herrero ganó por concurso un cargo en Filosofía, lo que significó su inserción en el ámbito universitario. Poco antes, en la casa del enorme Chacho Muller había conocido a Juan Carlos Baglietto, por entonces novio de una de las hijas de Chacho. Y, de inmediato, a otros jóvenes talentos: “Adrián Abonizio, Fander, Rubén Goldín, Jorge y Fabián Llonch, Fito y tantos otros. Yo me alegré mucho, porque todavía no estaba la democracia, y percibí que ahí había una cosecha nueva. Eso lo percibí claramente, así que tuve una relación muy natural con ellos, muy espontánea. Y la relación que persiste es la relación con Fito, que fue fundamental para mí. También trabajamos juntos con Alejandra Rodenas, dimos una cátedra hermosa, Introducción a la filosofía en Derecho. Yo era titular y Alejandra era ayudante mía, un disparate porque ella sabía tanto o más que yo. Pero siempre recordamos con mucho cariño ese encuentro, que duró un año más o menos, fue una linda experiencia. A partir del 83, 84, que ya estaba feneciendo una época que pensamos nunca iba a terminar, fue todo muy aluvional, gente que volvía del exilio, gente que no estaba más, reuniones, encuentros, personas nuevas que no conocía. Todo eso fue muy aluvional, no sabría decir qué fue

primero y qué después”.

En 1987, el Congreso Nacional de Filosofía y Ciencias Sociales realizado en Puerto San Martín resultó otro punto de inflexión, a partir del encuentro con su actual pareja, Horacio González. “El Congreso fue maravilloso, fue un momento maravilloso en la vida de Horacio, en la vida de muchos. Horacio hizo los Cuadernos de la Comuna, una cosa muy linda. Después estuvimos viviendo como pareja pero yo en Rosario y él en Buenos Aires. En principio diría que era carísimo. Además, con la abominable, soporífera ruta 9. Además mantener dos casas era complicado, entonces me fui a Buenos Aires. Yo había tomado la decisión de seguir dando clases pero volviendo a Rosario cada quince días, cosa que me gustaba mucho porque así también veía a mi hija. Después la Universidad, contrariamente a lo que me había permitido siempre, un día decidió que no me permitía más dar clases presenciales cada quince días. Ahí terminé de darme cuenta de lo que era la institución, de lo que pasaba”.

**—En tu renuncia a la UNR marcaste que no querías “pertenecer a una institución que abandonó la pasión por el saber y el conocimiento”.**

—Sí, y sigo pensando eso en relación a esa universidad. Si me preguntás cómo es hoy la universidad no sabría decirte, porque me desconecté absolutamente de la vida universitaria, la desconozco. Me harté de la universidad, me pareció que había entregado demasiado al protoneoliberalismo, porque fue previo, pero el conocimiento se entregó demasiado rápido y libremente a eso. Di una batalla, la perdí, y me retiré. No



extraño al aparato universitario, y de alguna manera lo de dar clases, ya sea dando una charla, participando de una mesa redonda, o conversando ahora con vos, en el sentido de que yo entiendo la clase, como una conversación, sigue siendo lo mismo. Es como la música, una conversación. No tiene ningún impedimento no estar en la institución para seguir haciendo esta práctica, que consiste en un pensamiento, en una conversación, preguntas, respuestas, diálogos. No me parece que el saber y el conocimiento consistan mucho más que en eso.

Para el momento de su renuncia, en 2007, luego de veinte años de recorrido profesional, Liliana Herrero ya era una figura consagrada dentro de la música popular argentina. Una cantora con un estilo interpretativo único.

**–Si bien en otras ocasiones lo has abordado, ¿cuál es la diferencia entre cantar e interpretar, entre cantar y apropiarse de una obra?**

–Bueno, creo que si alguna vez lo diferencié, hoy lo homologaría. En el sentido de que no hay canto si no hay apropiación. Cuando no sos compositora, por supuesto. Y cuando estás decidida a buscar un estilo, una idea, un modo de decir las cosas, un modo de cantar. No hay canto sin la apropiación de un texto. También pasa con la enseñanza. Finalmente, mis clases eran eso: acá tenemos un texto, ¿qué hacemos con él? Vamos a leer. Eso hay que hacer con algunas músicas, leerlas, ver qué voces tienen para hablarme a mí hoy. De golpe, aparece algo que es el original pero, al mismo tiempo, no lo es. En vez de poner notas a pie de página, como se hace en la Academia, prefiero presentar la apropiación completa de tres minutos, que es una canción, y ya está: aquí está lo que pude hacer con esto (ríe).

*“Las luchas de los años sesenta, todo eso fue impresionante. Estudiábamos en serio pero era un aquelarre, el comedor universitario, las peñas, la militancia, la política. Todo eso era un batido fundamental”.*

**–Sin notas al pie.**

–Sin notas al pie... Siempre hay una referencia en la cual recostarte, pero explicitarlo en la música no me parece. Como la exigencia de la Academia era explicitarlo cada vez para demostrar cuánto habías leído, de ahí me retiré. Sobre todo en el caso de un trabajo sobre un tema, yo me recuesto en muchas cosas, en la literatura, en muchas prácticas. Si alguien me pregunta, las cuento, pero la versión está ahí: eso es lo que

puedo hacer con lo que recordé, con lo que me gustó, con el mecanismo que le robé, todas esas cosas. De ahí puede ser que salga una versión preciosa, o un tema cualquiera.

**–Todo eso, la propia vivencia donde uno se recuesta, los libros, la música, paisajes y recuerdos, hacen que una obra se resignifique.**

–Claro, esa sería para mí la tarea del cantor, la cantora, del intérprete. En ese sentido es que homologo esas palabras.

**–La definición de cantora, de cantor, resulta muy bella. Hay algo allí que habla no solo del talento, de la técnica, sino que hay también una conexión más profunda con la tierra. Al pensar en una cantora puede pensarse en Chabuca Granda, Violeta Parra, en Mercedes Sosa.**

–Ese título del último disco de Mercedes, *Cantora*, es muy bello. Y lo adopté, porque uno dice cantante, pero me gusta más cantora. Supone un reconocimiento a Mercedes, una gran cantora, y por otro lado no decís más cantante, que está tan descalificado. Están “los músicos y la cantante”. Me gusta más juntar esos conceptos de la instrumentación y del canto. Porque en el canto no hay ausencia de música y en los instrumentistas no hay ausencia de canto, es un disparate pensar así. En otra época decía “decidora”, pero no sé si vale para mí. Sí vale la palabra apropiación, porque no es posible tomar un tema sin hacerlo propio, aunque la palabra apropiación tiene también un sentido muy doloroso para la Argentina. Y respecto a la técnica, creo que no alcanza para explicar lo que es una voz. Es más que una técnica. Ese más, si me pedís que lo defina, no sé cuál es. No podría señalarlo, es esto, es aquello, habría muchas cosas, pero sí sé que una voz es mucho más que una técnica. Ahora, si está la técnica también está bueno (ríe). Aprender a respirar, a utilizar el rostro, las cavidades por las que transita el sonido, es maravilloso.

**–Podríamos pensar que no es posible lograr una auténtica interpretación de una obra si no se la siente, si no hay algo que te conecte con esa obra.**

–Sí, pero también puede ser una búsqueda esa conexión. Porque por ahí no está en la primera oída del tema, en la segunda, pero ya estás por dejarlo a un costado y resulta que buscando formas, texturas, instrumentaciones (hay muchas cosas que entran en juego), encontrás un sendero. Eso puede pasar. O bien hay otro tema que escuchás de entrada, te gusta y decidís hacerlo, pero no te sale nada, no estás cómoda cantándolo y no le encontrás la vuelta para esa apropiación que uno piensa que es interesante para uno. Ocurren las dos cosas. He abandonado muchos temas, pero también a otros, que no esperaba encontrarles nada, los he encontrado. Después, con el tiempo, si te siguen gustando o no es otro cantar.

**–¿Mirás retrospectivamente la obra construida?**

–Me cuesta bastante, la verdad. A veces escucho, porque alguien me recuerda una canción grabada. A veces apago

*“No hay canto si no hay apropiación. Cuando no sos compositora, por supuesto. Y cuando estás decidida a buscar un estilo, una idea, un modo de decir las cosas, un modo de cantar”.*

rápidamente y a veces no. Depende de las ganas de volver a escucharte. Siempre uno es muy crítico con lo que hizo. En esa mirada retrospectiva uno es muy crítico, no sabe qué hacer con esa escucha, porque uno también es otro, eso aconteció en el tiempo, la voz era distinta, decías de otra manera, cantabas de otra manera. Hay muchas cosas que influyen. Hay momentos en que puedo escucharme en paz y otros en los que no, que me escucho con mucho nervio, ahí prefiero dejar.

**–¿Al pensar en un nuevo disco mirás para atrás para ver si hay conexión con lo construido?**

–No me olvido, porque no quiero repetirme. Puedo decir que ciertos mecanismos insisten en el modo en que hago los temas con mis compañeros y compañeras, en cada caso, pero cuando empiezo a trabajar un tema recuerdo que hay algo que hicimos en algún otro tema, entonces trato de salir de ahí. Después sí me interesa, como en el caso del disco de Fito, ver si puedo tomar esos temas y señalar una época. Como cuando señalaba la época de mi padre y pensaba por qué mi padre escucharía esas músicas. Entonces en el caso de *Canción sobre canción*, el disco con temas de Fito, traté de recordar. Incluso en conversaciones con él, para que me recordara qué cosas escuchábamos ahí en la casa de Corrientes y Urquiza, qué músicas.

**–¿Qué surgió?**

–Joni Mitchell era fundamental. *Dejarlas partir* tiene puesta la guitarra en la afinación que usa Joni Mitchell. Yo le cambié el tiempo, con una afinación con acordes muy parecidos a los de Mitchell. Eso lo hice absolutamente consciente, porque quería recordar esas escuchas. De ahí y de tanta gente, de tantos años de gente, como diría la canción de Spinetta. Ahí recordé a muchas personas que amé profundamente, como Norberto Campos, Cristina Prates, tantas personas que amé y sigo amando. Esa casa llena de gente, Spinetta yendo a casa, Fito en casa, Horacio, mi hija Delfina. Era un mundo muy hermoso. Un mundo muy audaz artísticamente. Eso es Rosario para mí.

**–Eso te marca dónde recostarte al momento de pensar un disco. En este caso, con canciones de Fito.**

–Sí, en este caso sí, me tomé el trabajo de hablar con él para que me recordara escuchas. Músicas que escuchábamos con mucha intensidad, tal vez por primera vez los dos. Saluzzi, el Cuchi, hubo muchas cosas que me interesaron, por lo menos en dejar una señal. Y sí dejé una señal en relación a lo que sabía

que era fundamental para Fito. En el caso de *Giros* empiezo con una cita a García y en el caso de *Ámbar violeta* empiezo con una cita a un tema de Spinetta. Esos dos personajes fueron, son y serán para Fito fundamentales. Y, por otro lado, los conocí a través de él.

**–Al pensar en artistas con un recorrido extenso, como el tuyo, las síntesis biográficas suelen mencionar una sucesión de discos con fechas. Pero esos discos hablan de la construcción de un repertorio, un concepto más amplio, porque habla de una multiplicidad de canciones. En tu caso hay temáticas que aparecen una y otra vez: el río, los ríos, el transcurrir del tiempo, la memoria. ¿Qué temáticas reconocés al mirar tu repertorio?**

–Los ríos es una de esas temáticas, sí. Entre Ríos, que quedó atrapado en mi infancia. Rosario... El tiempo es otro tema. Las grandes preguntas sobre la condición humana es otro de los temas que me llevan a buscar. *Guitarra dímelo tú*, de Yupanqui por ejemplo. O *Me voy quedando*, la zamba del Cuchi Leguizamón. Ando dando vuelta sobre esos temas, no creo que mucho más, no lo creo. Esos viajes: Villaguay-Paraná, Paraná-Rosario, Rosario-Buenos Aires. Los viajes también. Es un poco lo que hablábamos al principio: no creo mucho en las autobiografías, creo que las anécdotas vividas, las experiencias de una vida sirven para pensar. La anécdota de que mi papá cazaba perfiles a mí me llevó al concepto de tensión, entonces el concepto de tensión lo uso en acordes que me interesan. Me parece que lo anecdótico sirve sólo si te lleva a un pensamiento.

## ¡APAGAR LOS TELEVISORES!

“De verdad creo que va a pasar mucho tiempo hasta que podamos pensar un nuevo humanismo. Es en lo que me gustaría que pensáramos, en un nuevo humanismo. En la salida de las guerras y de las pestes aparecen, primero, nuevas tecnologías que no es lo que más me convence: este retiro de los cuerpos. Y, al mismo tiempo, no sé si el sufrimiento y las muertes traen aparejado necesariamente un horizonte humano diferente. Colectivamente hablando, me refiero. Todos estamos siendo conscientes de que esto ha sido también el resultado de años de sometimiento a las minorías, de muerte. Todos lo sabemos, pero de aquí a que el vecino no le deje un cartel al médico para que no vuelva al edificio... creo que va a pasar mucho tiempo. En ese sentido prefiero no hacer futurología, pero tengo un cierto escepticismo. Creo que los medios están haciendo el peor papel de su vida, sobre todo la televisión, es desastroso. Hay que apagar los televisores y, tal vez, en algún momento haya que apagar los zoom, los streaming. Y recuperar las calles, los pasos”.

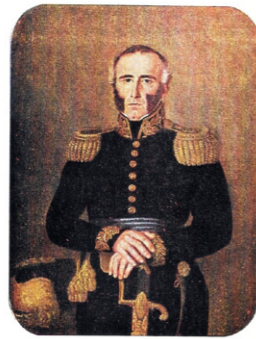


# Las dos leyendas del pasaje Lavalleja

No son admiradores de las anomalías urbanísticas del lugar, ni seguidores tardíos de Lavalleja, el general de Artigas, quienes peregrinan por la zona sur. Los curiosos quieren conocer el barrio donde se originó otro tipo de fenómeno. Un 24 de junio, el mismo día que el general oriental, pero un siglo más tarde, en 1987, nació en ese pasaje Lionel Messi

Por **Ricardo Robins**

Fotos: **Sebastián Vargas**



General JUAN ANTONIO LAVALLEJA  
Óleo de Juan F. Gual, 1855

Quién pudiera salir a las calles porque sí. Sin nada que hacer. Sin ocultar que uno no tiene nada que hacer en la calle. Simplemente estar. Ni siquiera ser turista en su ciudad. Quién pudiera enfrentar sin pudor el encuentro con el otro y a la pregunta de “¿qué estás haciendo acá?”, responder con hidalguía: “Yo, nada”. Sentarse en la vereda a mirar el cielo, a esperar el relato de tal cosa que nunca nadie podrá desmentir porque la anécdota durará lo que el tiempo permite, que jamás es mucho. Todavía quedan lugares así en la Rosario del año 2020, en la ciudad temerosa de los virus presentes y de las pestes futuras, que siempre serán las peores. Calles como rincones, como un pasaje breve de la zona sur que es difícil de explicar porque al final se parece a un espejo roto de una película para niños. Pero ahí está, es real. Tiene nombre: Lavalleja. Y tiene una leyenda para contar, que en realidad son dos.

## El general y su pasadizo

La historia no empieza hoy sino el 24 de junio de 1784, cuando Juan Antonio Lavalleja nace en Minas, en el Virreinato del Río de la Plata. Hijo de un español, Juan Antonio se hizo guerrero: un revolucionario. Fue uno de los capitanes de José Gervasio Artigas y jefe de los míticos 33 Orientales en las batallas para independizar a la hoy República Oriental del Uruguay. Murió el 22 de octubre de 1853 en Montevideo, cuando era miembro del Triunvirato que gobernaba ese país desangrado por las guerras internas.

Después de 69 años de lucha, de la furia de las batallas, de la tentación de ser el supremo por las armas, de caer en la desdicha; después de todo aquello Lavalleja apenas pudo disfrutar solo un mes del honor de estar al frente del país que ayudó a liberar.

Imposible de imaginar ese desenlace. Imposibles de prever también los reconocimientos que lo elevarían a prócer oriental. Su figura fue la primera estatua ecuestre de Uruguay en 1902, después le dio nombre a uno de los 19 departamentos de esa república, también a una importante avenida de Montevideo y en Rosario, en la zona sur, recibió cien años después de muerto un pasaje finito que no llega a los 150 metros de largo: una calle que nació de tierra y hoy es de pavimento en el barrio La Bajada, al sur de la avenida Uriburu y Ayacucho.

La primera cuadra, del oeste hacia el este, va desde Juan Manuel de Rosas hasta 1° de Mayo. En ese primer tramo es casi normal, pero después de ese punto se achica para convertirse en una cortada angosta. Los autos quedan estacionados, mitad sobre el asfalto y mitad arriba de la vereda. Porque no hay espacio a los costados ni tampoco hacia dónde seguir: 40 metros más adelante la traza se choca contra la pared lateral de una casa que contiene un mural de dos chicos y una pelota. Pero la calle no muere del todo ahí, agoniza en un pequeño pasadizo.

Un rayo de sol de las 11 de la mañana que se dibuja en el piso denuncia esa grieta: no hay pared ni construcciones al costado de ese fin de cortada. El extraño paso, solo para peatones o bicicletas, tiene siete metros de largo y dos de ancho. Es una diagonal hacia la izquierda (o el norte) que no se ve en los mapas pero que conecta esa arteria con la calle Estado de Israel. La pared cruzada, frente al mural, es gris y tiene una ventana, que corresponde a la primera vivienda de la ochava contigua. Ochava que en realidad es un ángulo recto. Dejada atrás Lavalleja, del otro lado del pasillo,

la calle Estado de Israel al 400 tiene esa equina que carece de consenso entre los vecinos.

Tres casas conforman ese accidente. La primera reconoce una doble identidad: sobre el cartel del frente se lee “Pasaja (sic) Lavalleja 476 Estado de Israel”. La segunda no admite dudas: “Estado de Israel 498”. Y la tercera se asocia a la calle perpendicular que nace a unos metros: “Australia 4498”.

Los vecinos cuentan que periodistas de todo el mundo visitan ese lugar. Primero van al pasaje Lavalleja, cruzan por el pasadizo y siguen por Estado de Israel. “Vienen de todos lados y ya estamos acostumbrados”, cuenta Daniel, que vive desde que nació, hace 49 años, en una de esas tres casas, la que se reconoce parte de Australia.

Daniel es un taxista que tiene la valentía de salir a la calle en pantuflas rojas con escuditos de Newell’s. Pero no la suficiente para confesar que en esta siesta soleada de invierno no está haciendo nada en la calle. “Saqué a pasear a los perros”, dice y al pasar revela la identidad de los guardianes recelosos del extraño lugar. Trini, la rubia, y Coqui, la negra, ladran a cada alma que se asoma por ese punto oculto para los cartógrafos pero que se descubre al andar a la vieja usanza.

Sin embargo, no son admiradores de las anomalías urbanísticas, ni siquiera seguidores tardíos de Lavalleja y los 33 Orientales quienes peregrinan por ese espacio. Los curiosos quieren conocer el barrio en donde se originó otro tipo de fenómeno. Un 24 de junio, exactamente el mismo día que nuestro general oriental pero un siglo más tarde, en 1987, nació en ese pasaje que invita a ser recorrido en pantuflas Lionel Messi.







La casa natal de Messi.



### Una división late en el sur

*“Llegó en fin el momento de redimir nuestra amada Patria de la ignominiosa esclavitud... El grito heroico de LIBERTAD retumba ya por nuestros dilatados campos con el estrépito de la guerra. El negro pabellón de la venganza se ha desplegado, y el exterminio de los tiranos es indudable”.*

*Proclama de Juan Antonio Lavalleja a los orientales. Abril de 1825.*

La batalla entre el general Lavalleja y Estado de Israel no se agota en la esquina donde tres calles se disputan su propiedad. Del otro lado del pasadizo, dos casas linderas exponen sus preferencias: “Estado de Israel 482” y “Pje. Lavalleja 488”. Unos metros adelante, después de cruzar 1° de Mayo, ocurre lo mismo: direcciones pintadas a mano, en mosaico o carteles que optan por uno u otro nombre.

Un hombre apurado jura que Lavalleja era una denominación anterior. “Ahora se llama Estado de Israel y esa es mi dirección en el documento”, asegura y se mete en su casa, bien enfrente a la de la familia Messi, donde un gato negro y marrón finge desinterés desde el balcón. “No, esta es Lavalleja, a mí el impuesto me llega con ese nombre”, responde una vecina cuya vivienda, contra toda coherencia, reza en negro sobre el frente gris: “Estado de Israel 577”.

La casa natal del astro del fútbol no se mete en esa grieta y carece de cartel. Eso amplifica la confusión mundial. Algunos cronistas quedaron mareados por ese rincón de pasajes que se angostan hasta ser pasadizos, callejuelas que doblan y vuelven a aparecer del otro lado, cortadas breves y paredones.

“A mitad de cuadra de la calle Israel sin número ni placa que la identifique está la casa que ocupó Messi y que todavía pertenece a su familia, aunque nadie vive allí”, dice, por ejemplo, la crónica de la agencia AP sobre el city tour dedicado al capitán del Barcelona en Rosario. En otras notas confunden a Lavalleja con La Bajada, que es el nombre del barrio y de una cortada paralela. Otros directamente ignoran al viejo caudillo oriental. Pero la dirección legal del santuario del fútbol moderno es Juan Antonio Lavalleja 525, manzana 284 de la sección cuarta, según el plano de Catastro Municipal de 1981 actualizado en 1993, cuando Messi todavía andaba por el barrio, antes

de emigrar a España, país desde donde partió a su tiempo el padre de Lavalleja.

Ese mapa grafica la particularidad del trazado deforme. Las manzanas como piezas de un Tetris de autor. La del pasadizo es la 285 y delimita con cinco calles. Al oeste con 1° de Mayo, al sur con Ibáñez, al este está Ingeniero Huergo y al norte corresponde mitad a Lavalleja y la otra mitad es Estado de Israel.

Ese pasaje peatonal por donde el Messi niño caminaba desde su casa hasta la de su abuela Celia (Estado de Israel 409) y de allí iban juntos hasta el club Grandoli donde comenzó el mito, ese tramo oblicuo de siete metros lleno de magia que convertía al pibe tímido en un ser “de otra galaxia” (como asegura uno de los murales), no figura en ese registro oficial.

### El genio atrapado

“Lavalleja antes era de tierra y más angosta todavía. Sacábamos un televisor a la puerta y mirábamos películas en la calle, con mates o cerveza. Mis hijos que ahora tienen 35 y 30 años jugaban con Messi cuando eran chicos. Él era muy tímido. Tengo fotos de Messi en casa”, ofrece Mercedes, con un barbijo rosa y campera. “Una vez, hace varios años, salió con el mate a andar por la calle como si nada y se llenó de gente. Las chicas le pedían fotos. Él no se daba cuenta de lo famoso que era. Después ya no lo hizo más”, dice la mujer sin soltar su bolso de las compras. Desde entonces Messi sabe que no puede salir a la calle a no hacer nada. Atrás del primer curioso vendrán cientos y no tendrá paz. No hay gambeta para eso, ni grito heroico.

Después de todo él es un mortal y cayó en la trampa. El chico que jugaba a la pelota porque sí fue convertido en productor y mercancía al mismo tiempo. El yugo del mercado. El pasadizo de Lavalleja, que es más viejo y más sabio, evitó esa fama. Los mapas lo ignoran. Nadie habla de él. Esa diagonal extraña ni siquiera forma parte del “Círculo Leo Messi”: un recorrido turístico con los diez lugares principales del crack en Rosario. Están señalados la canchita de fútbol que era un baldío y ahora es el Club El Campito, los murales georreferenciados, la casa de la infancia o el Club Abanderado Grandoli. Pero el terruño del libertador resiste esa tiranía. Las luces no apagarán los últimos rincones escondidos de la ciudad.



### MURALES Y CORTADAS

El barrio La Bajada tomó el nombre de la estación ferroviaria construida en 1908 por la Compañía General de Ferrocarriles de Buenos Aires. Estaba en Uriburu y Ayacucho, y fue abandonada y demolida a mitad del siglo pasado. En 1949 la Municipalidad creó la “Calle Estado de Israel”, que tiene dos tramos: del 300 al 500, y del 1000 al 3100. El decreto 22013 del 14 de abril de 1958 le cambió el nombre al ex pasaje González para hacerle un “homenaje al prócer Juan Antonio Lavalleja, jefe de los 33 Orientales”. En 2018, el barrio de origen ferroviario se llenó de colores y figuras. Artistas pintaron 34 murales de niños y pelotas, de un sol y una luna, de una chica con un pelo largo y ondulado como el mar, de gritos de gol, abrazos y Messis. Las columnas de madera del alumbrado se mancharon de celeste y blanco con el 10 como sol, igual que las alcantarillas y los cordones. Dos años después, el brillo de las pinturas se acentuó y lo mundano intervino. En el mural de la casa que se interpone al pasaje Lavalleja, una pila de escombros y arena tapa la pelota que sostiene uno de los chicos. A la vuelta, por Ibáñez, la hermosa callejuela cercada por un paredón con árboles tomados por enredaderas y una santa rita florecida al rojo, un Renault 12 blanco sin ruedas ni vidrios bloquea parte de otra pintada de un pibe que sueña con fútbol.





Sebastián Granata



Virginia Benedetto



Silvio Moriconi

FOTOS EN CUARENTENA

# Encontrar el acto creativo allí afuera

Por **Sebastián Vargas**

¿Se puede ilustrar una situación actual con una foto del pasado? ¿Cuál sería el fundamento para decir que no?

¿Y si grafico el encargo de BARULLO con una captura de pantalla de mis clases online? Ojalá este no sea el futuro.

¿Revelar la sensación de espera durante el confinamiento?

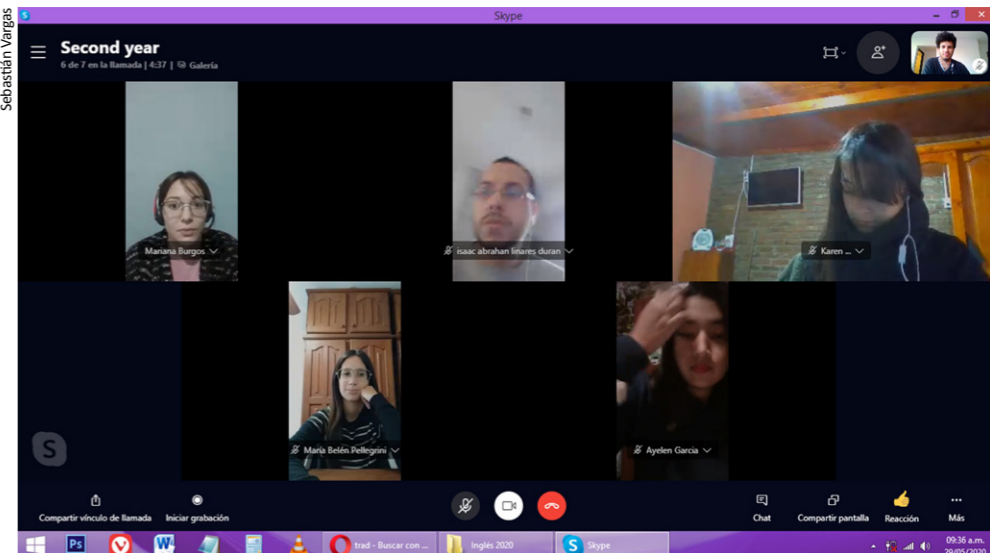
¿Y la toma de la ciudad vacía? La ciudad en fase 1. Estamos en una fase más relajada, y esa foto sí que resulta vieja y lejana.

Los chicos con barbijos en sus bicicletas vuelven a las calles a jugar. El archivo de tanto “compartir” online carece de autor. Me animo a decir que ni siquiera es argentino.

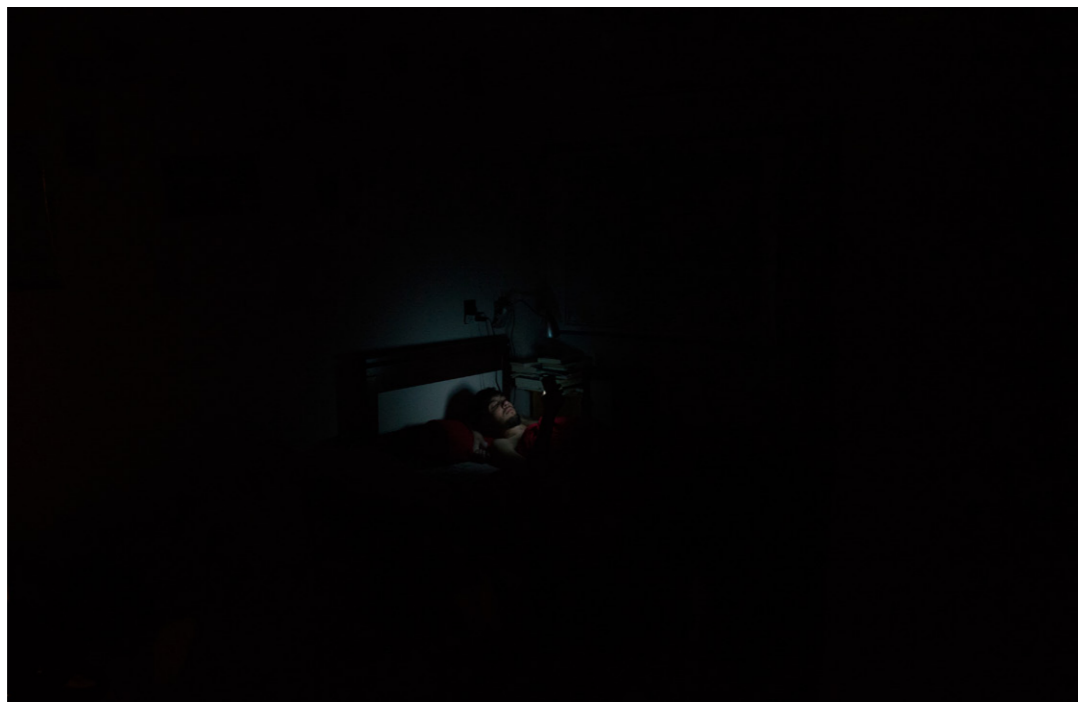
Otras revelaciones: un autorretrato de la colega en pleno embarazo (¡Ramona ya nació!); pero más contento parece el señor que espera, a la hora señalada, la reapertura del comercio amigo.

Pero lo que está sucediendo no está en estas páginas.

Sebastián Vargas



Sebastián Vargas





## PUBLICACIONES ROSARINAS DEL SIGLO VEINTE

# Las revistas de la buena memoria

Preciosos documentos históricos, disponibles en el Archivo Histórico de Revistas Argentinas (AHiRA), permiten cartografiar los agrupamientos y las tensiones del campo social literario de la ciudad. Habilitan la reconstrucción de debates y también de “bibliotecas” de influencias

Por **Beatriz Vignoli**

“Las revistas y las publicaciones periódicas a lo largo del siglo veinte en Argentina son uno de los principales escenarios en los cuales transcurrió el intercambio de ideas, tanto literarias como en el resto de la cultura en términos amplios: el debate ideológico, el debate de ideas políticas pero también el debate sobre el cine, el teatro, las artes plásticas, la literatura”, dice Sylvia Saitta, directora del Archivo Histórico de Revistas Argentinas (AHiRA). De acceso abierto y gratuito, con link al catálogo de la Hemeroteca de la Biblioteca Argentina, el archivo digital online es infinito como la Biblioteca de Babel que imaginó Jorge Luis Borges (mucho de cuya obra, evoca Saitta, se publicó primero en revistas). Entrar a <https://www.ahira.com.ar/> es un viaje de ida.

Saitta es doctora en Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA), investigadora independiente del Conicet y profesora en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. “Desde hace muchos años dirijo equipos de investigación que abordan diferentes aspectos de los vínculos entre la literatura argentina, el periodismo y las revistas culturales, y hace unos años pensamos en que podíamos poner en una página web nuestras propias fuentes de trabajo, es decir: armar un archivo con aquellos materiales con los cuales habíamos realizado nuestras investigaciones”, contó a *Barullo*, resumiendo una decisión que se inscribe en la tendencia al “acceso abierto” que afortunadamente caracteriza cada vez más al campo de las humanidades digitales.

“El Archivo Histórico de Revistas Argentinas fue ese proyecto, realizado en el marco de aquellos proyectos

académicos, todos ellos subsidiados por la Universidad Nacional de Buenos Aires. Comenzó siendo pequeño y empezó a crecer. Creció más allá de lo que habíamos esperado. El impacto fue muy grande; entonces decidimos reformularlo y armar una nueva plataforma. Cambiamos de plataforma, pedimos nuevos subsidios, tanto a la UBA como a la Agencia de Investigación Científica y Tecnológica, y gracias a esos subsidios armamos este archivo que atiende a dos grandes zonas”, detalla Saitta. “La principal es la digitalización y el acceso libre y gratuito a colecciones completas de revistas argentinas publicadas en diferentes ciudades del país; otra zona (la de estudios críticos) concentra análisis críticos sobre las publicaciones periódicas, artículos, capítulos y libros sobre las revistas argentinas, tanto sobre las colecciones de revistas que están en nuestra página como sobre las revistas argentinas en general”.

“El proyecto comenzó atendiendo principalmente a las revistas literarias y culturales. A medida que el sitio fue creciendo, este objetivo se modificó bastante para incorporar revistas sobre cine, teatro, deporte, música y sobre géneros en particular, como las revistas de ciencia ficción o de historietas. En este momento la página cuenta con más de ciento veinte colecciones completas de revistas argentinas de todo tipo. El equipo está conformado por investigadores y docentes de la ciudad de Buenos Aires. La mayoría de nosotros venimos de la carrera de Letras pero hay también historiadores y docentes de Ciencias de la Comunicación. El trabajo es extremadamente artesanal. En muchos casos somos

nosotros mismos quienes digitalizamos las publicaciones, además de realizar los índices de las colecciones, que es el otro punto importante que tiene el archivo. Hemos recibido la colaboración de muchísimas personas: investigadores independientes, directores de museos, coleccionistas, lectores que nos escriben y nos ofrecen las publicaciones que tienen en sus casas... es un proyecto colectivo que se va armando entre todos”, se entusiasma Saitta.

“Ya superamos el millón de visitas, y es notable el modo en que quienes visitan la página nos escriben y colaboran en muchos casos para completar colecciones. Estamos incorporando colaboradores, corresponsales, lectoras y lectores amigos de la página para que nos proporcionen colecciones de revistas para digitalizar. Nuestro objetivo es llegar a tener algunas de las grandes revistas que marcaron época, no sólo en la cultura argentina sino en la historia del periodismo en general: Primera Plana, Confirmado, El Periodista, El Porteño y otras no publicadas en Buenos Aires. Además de diversificar los temas de las revistas y las publicaciones periódicas, el otro objetivo que nos propusimos es el de reunir y mostrar revistas que no hayan sido publicadas sólo en la ciudad de Buenos Aires”.

## Abrir el mapa

“Si hay algo que caracteriza el estado de la cultura argentina es el estar centrado, muchas veces exclusivamente, en lo que sucede en la ciudad de Buenos Aires”, se lamenta Saitta. “A mí me preocupaba bastante esto y lo que me interesa es abrir el mapa, y poner a disposición, en diálogo y en cruce, las revistas publicadas en Buenos Aires con las revistas publicadas en otras ciudades del país. Esta tarea es la más difícil, pero el objetivo es ir cubriendo ese mapa. Que nos va a permitir tener una mirada más amplia sobre la historia de las revistas argentinas. En la página ya hay revistas publicadas en Santiago del Estero, en Catamarca, en Mar del Plata, en distintas ciudades de la provincia de Buenos Aires y en la ciudad de Córdoba, pero todavía no pudimos acceder, por ejemplo, a las revistas publicadas en Salta, Tucumán, Mendoza, que tienen una tradición importante en la publicación de revistas culturales o literarias”, dice Saitta. Y cabría sumar las ciudades de Santa Fe y Paraná”.

¿Y Rosario? Ocupa un gran lugar en el proyecto,



por propia prepotencia de trabajo. “El trabajo ha sido maravilloso en relación a las publicaciones y revistas que salieron en Rosario, y esto es por un motivo: en primer lugar porque Rosario tiene una tradición importantísima de revistas literarias y culturales; es decir, son muchas las que se publicaron en la ciudad. Y además porque los docentes, los investigadores e investigadoras de la Universidad Nacional de Rosario, así como quienes trabajan en bibliotecas o en museos de la ciudad, nos han brindado un apoyo casi diría incondicional”, expresa Saitta. “Buscaron colecciones de revistas, armaron sus índices, y siguen buscando colecciones y números para completar alguna. Y es por eso que hoy en la página hay más de diez revistas que fueron publicadas allá. Esto mismo no sucede en otras ciudades”.

La escritora y licenciada en Letras (UNR) Marina Maggi, corresponsal de AHiRA en Rosario, cuenta que su colaboración “es fruto de una serie de coincidencias felices. Una investigadora amiga, María Fernanda Alle, me presentó a Magalí Devés, historiadora de Buenos Aires que participa en el proyecto. Conversando con ellas, mencioné la revista Paraná, que había sido donada a la Biblioteca Popular Alfonsina Storni, en la que yo trabajaba. A partir de esa charla, gracias al interés y la generosidad de Sylvia Saitta y Magalí, participé en la digitalización de esa revista. Colaborar en este proyecto es para mí una oportunidad de aprendizaje y una gran alegría. AHiRA convoca a pensar la consistencia dinámica de un archivo, que no existe sino en función de la intensidad de las lecturas que desde el presente se vuelcan hacia los materiales que nos llegan, con sus huellas e interrogantes, desde el pasado”.



## Poetas y grietas

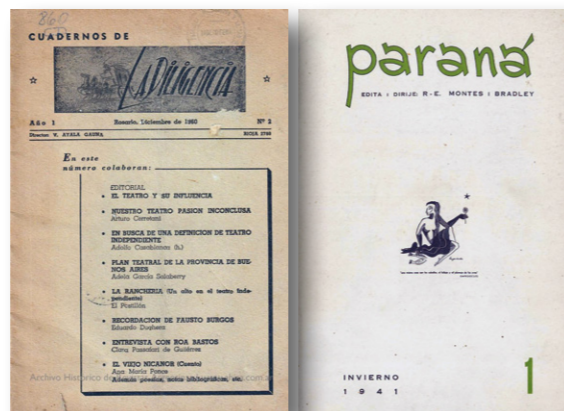
Cuenta Maggi que hace poco, entre otras publicaciones de Rosario, se digitalizaron las revistas *Confluencia* (presentada por Érica Brasca), *Alto Aire* y *Pausa* (presentada por Santiago Hernández Aparicio, también poeta y docente en la carrera de Letras de la UNR). No es casual que justo ella señale estas tres revistas rosarinas de poesía y crítica literaria de mediados del siglo veinte. Se accede en ellas, en presente, a una tradición moderna de poesía lírica (la de “los poetas de los 50”) que parecía olvidada, “superada” o reducida a diluidos trazos en la memoria de unos pocos, pero que sin embargo parece revivir en la poesía de Marina, Santiago y sus coetáneos.

La historia se construye desde el presente, y un archivo es un campo de batalla. No está aún en la página El lagrimal trifurca, el órgano de la formación cultural que le arrebató la hegemonía cultural local a sus colegas del período anterior, la poesía “de los 50”, que justamente de eso se tratan los poetas de *Pausa*, *Confluencia* y *Alto Aire* (pero varios de ellos ya publicaban en los 40 y siguieron entrados los 60 y el siglo XXI).

Rescate notable es el de la revista ilustrada de poesía *Cosmorama* (1943-1945), que editó nueve números y a la que Osvaldo Aguirre definió como “revista de dos ciudades” (Rosario y Buenos Aires). “Bajo ese nombre se organizó un grupo de poetas que reacciona frente a las vanguardias de los años veinte para recuperar la lógica del canto y la belleza”, escribe Sebastián Hernaiz en la presentación. Este péndulo entre una antilírica prosaísta y una lírica esteticista acentuará su vaivén en lo que resta del siglo.

Estas revistas literarias y culturales, preciosos documentos históricos, permiten cartografiar los agrupamientos y las tensiones del campo social literario de la ciudad de Rosario y alrededores. Habilitan la reconstrucción de debates y también de “bibliotecas” de influencias. Las traducciones, los ensayos, las reseñas, las tomas de partido ideológicas o estéticas, las carencias económicas o los apoyos obtenidos (legibles en la calidad del papel, la diagramación, la impresión) y, por supuesto, las obras, tanto literarias como artísticas si hay ilustraciones: todo eso se deja leer en AHiRA en joyas que del papel oxidado tienen la imagen virtual escaneada al PDF, sin el aroma.

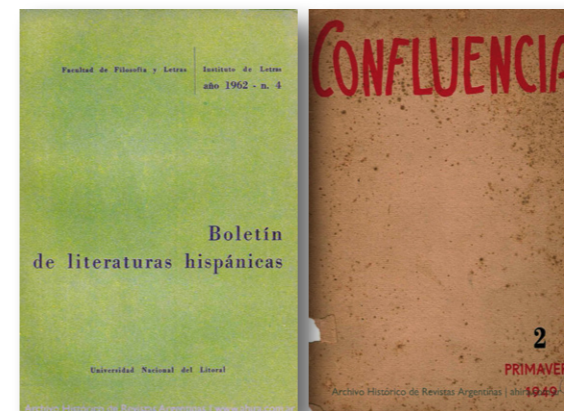
No tiene desperdicio el sexto y penúltimo número de *Pausa* (fechado en Rosario, julio de 1959), la revista que dirigía el poeta Rubén Sevlever. Con un diseño moderno a cargo de Eduardo Serón, incluye traducciones de André



Breton por Oreste Frattoni; un dossier bilingüe de poesía en idioma portugués, con traducciones de Rafael Ielpi; un poema místico-filosófico de Lanza del Vasto en “traducción literal de Hugo Padeletti”, y un poema de este último, “Primer apuntamiento”; dos futuros clásicos de Aldo Oliva, “La puerta estrecha” y “Terror en las terrazas”; un poema de Daniel Giribaldi; un olvidado Oscar Grandov (data su texto en San Genaro, usa el “vosotros”); una enigmática firma, “R. B. A. Medina” (¿Beatriz Medina?) y un bello poema extenso de Ielpi, “El sur es como una larga espera en un segundo”, cuyos versos de largo aliento acusan la influencia de Enrique Molina y la revista *Poesía Buenos Aires*. Asombra pensar que dos coetáneos de sesgo ideológico tan distinto como Oliva y Padeletti hayan colaborado en la misma revista; no tan asombroso considerando las afinidades estéticas, centradas (como escribe Hernández Aparicio sobre todos los autores de la revista) en “el interés por el poema como un trabajo específico sobre la palabra”. En otros números publicaron poemas Willy Harvey, Francisco Urondo, Hugo Gola, Noemí Ulla y otrxs. El número 1 (octubre, 1957) fue diagramado e ilustrado por Oscar Herrero Miranda.

También *Alto Aire*, y también desde Rosario, como señala Maggi “inscribe su proyecto al interior de la renovación poética promovida por *Poesía Buenos Aires* (1950-1960)”. Con una moderna diagramación de Juan Carlos Quaglia, “publica su primer y único ejemplar en abril de 1965, bajo el cuidado de Luis María Castellanos (1943-2005), Juan Manuel Inchauspe (1940-1991) y Alberto Carlos Vila Ortiz (1935-2014). Dedicada por completo a la poesía, conjuga la constelación poética de sus editores con la labor de traducción, abocada a tres poetas de lengua inglesa: Dylan Thomas, Wallace Stevens y e. e. cummings”. El primero es traducido por Vila Ortiz; los otros dos, por Castellanos.

Padeletti (1928-2018), quien (según relatos del propio poeta) aún adolescente arrimaba sus versos a *Cosmorama* y recibía allí el consejo de leer a Ricardo Molinari, publicó a sus veinte añitos un sólido ensayo titulado “Experiencia poética y experiencia mística” en *Confluencia*, revista que editó



dos números en 1948 y se presentaba como “Cuadernos trimestrales editados bajo el cuidado de...” y atenti a la lista de editores: Hugo Padeletti, Beatriz Guido (sí, la célebre novelista y guionista) y Bernard Barrere. Incluía poemas de (quién si no) Ricardo Molinari, traducciones de las “Quimeras” del poeta simbolista francés Gérard de Nerval por Ángel Battistessa, ensayos de Beatriz Guido y rarezas como poemas de Fausto Hernández traducidos al francés por Arturo Fruttero, o una reseña de un libro de Adolfo Bioy Casares firmada por Miguel Brasco.

En una serie (aún no en AHiRA) de valiosos y raros trabajos sobre las revistas “subterráneas”, “contraculturales” o “alternativas” de la resistencia cultural en la última dictadura militar argentina (1976 a 1983), la investigadora Evangelina Margiolakis (UBA/Instituto de Investigaciones Gino Germani) toma de Raymond Williams la categoría de “formaciones culturales” para describir “movimientos y tendencias efectivos en la vida intelectual y artística” que constituyen “formas de organización más informales que las instituciones” (1). Por supuesto que unos mismos “actores” (otra categoría útil de la sociología) pueden ocupar posiciones simultáneas en unas y otras.

## Literatura nacional

La revista *Paraná* (nombre completo: “Paraná. Columna vertebral del Litoral. Rica vena, terso nervio, clara voz de Argentina intelectual”) fue una aventura artístico-literaria ilustrada que dirigió Ricardo Ernesto Montes i Bradley (1905-1976). Publicada en Rosario entre 1941 y 1943, buscó poner en diálogo el arte y la literatura del Litoral. Contenía obras literarias de autores y autoras de la región y, además de reproducir (no sólo como ilustraciones sino con valor autónomo) piezas gráficas o pictóricas de artistas rosarinos como María Laura Schiavoni, Leónidas Gambartes, Julio Vanzo, Manuel Musto y Ricardo Warecki, incluía valiosas notas de crítica de arte que analizaban a fondo no sólo obras plásticas sino las políticas culturales institucionales locales

contemporáneas y el rol de los artistas en ellas. También informaban sobre acontecimientos culturales locales importantes. La fauna y flora litoraleñas (animales y plantas en su entorno natural, hoy diríamos “el ecosistema”) se representaban en muchas de las obras gráficas, con un estilo no naturalista sino de afinada síntesis modernista.

Detalla Maggi: “Su colección cuenta con dos volúmenes. El primero comprende los números 1 (invierno 1941), 2 (primavera de 1941) y 3 (verano 1941), mientras que el segundo abarca en un mismo tomo los números 4-7 (otoño-invierno-primavera-verano de 1943)”. Maggi destaca “el cuidado y el valor de la factura”: “El gramaje del papel, las tipografías utilizadas y las láminas en color ponen de relieve la densidad de la revista como objeto estético”.

Hasta no hace mucho, números de la revista se conseguían muy barato en la desaparecida librería Longo. En 2017, hubo una hermosa exposición sobre *Paraná* en el Museo Castagnino. Con curaduría de Sabina Florio, Cynthia Blaconá y Jimena Rodríguez, se tituló “Pensar la región. Políticas culturales entre la pluma y el pincel”.

En el campo de la crítica literaria y con una fuerte inscripción institucional, merecen relectura los primeros cinco números del *Boletín de Literaturas Hispánicas* del Instituto de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral (actualmente, Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario). Dirigido en los primeros nueve de diez números por Adolfo Prieto, con Noemí Ulla como ayudante, publicó el primero en 1959 y fue regularmente anual. Quienes se quejen de la dureza de la crítica literaria de hoy, tengan a bien revisar la reseña de “Iris Josefina Ludmer” sobre la segunda “novela seminovela” (Ludmer dixit) de Ernesto Sábato, *Sobre héroes y tumbas*, en el número 5 (año 1963). La acusa de atrasar 15 años (“la ubica en 1955, piensa en 1930”) y de sus personajes dice que “son títeres cuyos hilos penden del complejo de Edipo”. En el número 1, el poeta y profesor universitario Aldo Oliva analiza en *Trilce* (1922), de César Vallejo, ciertos procedimientos literarios vanguardistas; ese ensayo sirve hoy como clave de lectura de su propia obra. Y Adolfo Prieto reivindica *Adán Buenosayres*, novela de Leopoldo Marechal, situándola en la tradición conceptista y castellana de Quevedo. En el 4, la injustamente olvidada escritora Marta Scrimaglio vincula a Rubén Darío con Góngora... y esto es perspectiva histórica, señores: el péndulo estilístico de la poesía se mece desde el Siglo de Oro.

Tienen urgente vigencia para la política y la literatura de hoy los estudios críticos de Adolfo Prieto sobre Scalabrini



Ortiz y sobre Roberto Arlt. Con este último texto dialogará la brillante reseña de Nicolás Rosa para Setecientosmonos (número 6, agosto 1965) acerca del ensayo *Sexo y traición en Roberto Arlt*, de Oscar Masotta.

PREGUNTA: ¿Cuál le parece la novela más importante de los últimos 10 años?

ABELARDO CASTILLO: “Sobre héroes y tumbas, por supuesto”. (“Lo que pasó entre el escarabajo y los monos. Reportaje a Abelardo Castillo” en Setecientosmonos, número 3/4, noviembre 1964). Con un humor minado de guiños y desbordante de irreverencia hacia la cultura oficial, Setecientosmonos empezó como un fanzine mimeografiado y se convirtió en vivaz expresión de la intelectualidad y de la actualidad cultural de su tiempo. Cine, política, psicoanálisis, arte: nada les fue ajeno a los “monos”. Los dos primeros números daban lástima, pero desde el 3/4 la revista huele a charla de bar, a café y cigarrillos. Nicolás Rosa, profesor de la UNL, fue el responsable de la mutación; Rodolfo Elizalde, de la diagramación a lo Mondrian desde el número 6.

“Se publicó en Rosario entre mayo de 1964 y octubre de 1967, por iniciativa de un grupo de jóvenes amigos, aficionados a la literatura: Juan Carlos Martini, Carlos Schork, Omar Pérez Cantón y Rubén Radeff.

Ninguno de los cuatro era escritor y sólo Martini llegará a serlo luego”, escribe Judith Podlubne en la presentación, donde destaca un cruce de firmas con el Boletín: “Por invitación de Rosa, Adolfo Prieto y varios miembros de su equipo colaboran en Setecientosmonos”. Cabe agregar que Schork es artista plástico. Cuentos y poemas publicados en la revista fueron ilustrados por Mele Bruniard y por Olga Vitabile. Ya en este siglo, en 2012, Santiago Arcos Editor publicó una antología de la revista Setecientosmonos, con edición de Osvaldo Aguirre y Gilda Di Crosta. Se incluían textos de Juan José Saer, Angélica Gorodischer, María Teresa Gramuglio y Gladys Onega, entre otros. Se presentó en el Centro Cultural Parque de España de Rosario, que dirigía Martín Prieto y cuya revista institucional (Transatlántico) integra el archivo AHIRA, no así su precursora (Lucera).

Dirigida por Eugenio Castelli y con dirección postal en San Lorenzo 3664, la revista cultural Crítica. Cine – Letras – Arte publicó 15 números entre 1962 y 1967. El orden de

los términos del subtítulo da idea del valor que los rosarinos cultos de entonces daban al séptimo arte. Además de los estudios críticos sobre autores contemporáneos y de otros tiempos, las reseñas y la lista de libros recibidos (costumbre generalizada en todos estos medios, pero que aquí era exhaustiva) arman un mapa de lecturas de época.

Velmiro Ayala Gauna (que además integraba el equipo de redacción de Crítica y colaboraba en Setecientosmonos) fue “el mayoral” de La Diligencia, que se publicó “en Pago de los Arroyos” (Rosario) entre junio de 1960 y abril de 1964. Castelli integró el consejo directivo con Clara Passafari de Gutiérrez (en los números 8 a 11), y tomó la posta el “baqueano” Jorge Antonili hasta el número 15. Muchos de los colaboradores eran socios de la Sociedad Argentina de

Escritores (Sade) Filial Rosario. El objetivo fue crear un espacio de difusión para poetas, narradores, ensayistas y dramaturgos del interior del país, “aquel que se desenvuelve lejos del bullicio de la gran metrópoli... sin facilidades para la divulgación de sus obras, sin tener el apoyo del gran público”.

La diligencia editó además los Cuadernos de la Diligencia, antologías de obras literarias donde predominaba la valoración de lo autóctono, de personajes populares, de un lenguaje local y otros rasgos con que se pensaba la categoría de “literatura nacional”. En 1960, Ayala Gauna publicó en La Diligencia un ensayo

titulado “¿Existe la literatura nacional?”. La revista Crítica lo reprodujo en 1967 en su último número con motivo de su muerte. Allí el autor deslinda lo nacional de lo argentino, lo regional y lo folklórico. Vale la pena releerlo ya mismo. Acaso anterior a esas coordenadas geopolíticas de estilo, se puede hallar en estos Cuadernos un poema “cincuentista” de Irma Peirano (Cuadernos de la Diligencia 1, 1960) titulado *Los suicidas*: “Todo al fin se suicida (...) todo brío y color se desvanecen (...) Piel abajo/ la sangre, sin descanso, se suicida”.

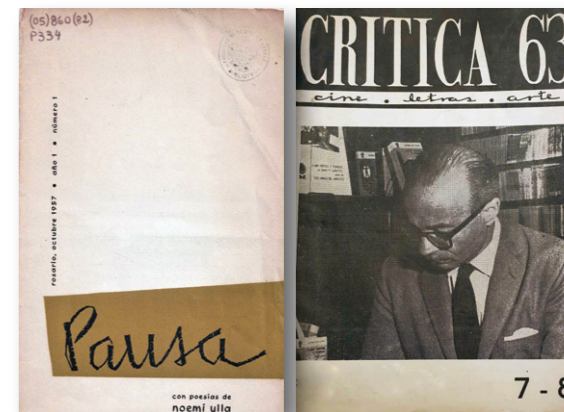
También se halla en AHIRA un experimento interesante y muy influyente de localización o de literatura situada. Se trata de Rosario Ilustrada. Guía Literaria de la Ciudad, revista ilustrada en fascículos que publicó la Editorial Municipal de Rosario (EMR). Las cuatro ediciones de la publicación fueron en este siglo, pero la mayoría de los 80 textos literarios ambientados en la ciudad que seleccionaron Martín Prieto y Nora Avaro para armar una cartografía de

referencias al territorio pertenecen al siglo XX. Hay obras de Alfonsina Storni, Rosa Wernicke, Facundo Marull, Marcos Lenzone, Rodolfo Vinacua, Francisco Gandolfo, Roberto Fontanarrosa, Jorge Barquero y muchos otros autores o autoras, mayoritariamente de la ciudad, que anclaron sus textos en ella.

Para terminar, dos reflexiones. Una, que sigue y amplía ciertos señalamientos hechos en las presentaciones de las colecciones de revistas de AHIRA: no son datos menores las fechas de publicación de las revistas culturales locales reunidas hasta ahora. Lo más vital y polémico de lo publicado en los años 50 y 60 deja de salir, o bien se atempera, en la segunda mitad de la década del 60. Esta apreciación tendría alguna correlación significativa con la dictadura de Juan Carlos Onganía, presidente de facto que asumió el 29 de junio de 1966, derrocando a Arturo Illia y luego interviniendo la Universidad Nacional en el hecho represivo dolorosamente célebre conocido como la “Noche de los bastones largos”, tras lo cual renunciaron a sus cátedras Adolfo Prieto y sus colegas afines (cambio reflejado en el Boletín). En otro nivel de representación más inasible, lo que Raymond Williams llamaría “la estructura de sentimiento”, el internacionalista y moderno clima de época que expresa Setecientosmonos parece ser anterior a Onganía.

Y la otra: todavía faltan revistas rosarinas en el Archivo Histórico de Revistas Argentinas (AHIRA). No sería difícil obtener Cinema para Todos, revista cultural de los años 20 y 30 que antologó Pablo Montini en un libro, *Los desterrados*, publicado este año por Iván Rosado. Otro tanto hizo Osvaldo Aguirre con la innovadora experiencia periodística que fue a finales de los 60 el semanario Boom, con dirección de Ovidio Lagos Rueda y Rodolfo Vinacua como jefe de redacción, y donde entre otras notas sobre la actualidad sociopolítica local se publicó una crónica ilustrada del Rosariazo (2).

Merecen estar también La Cebra a Lunares y Risario (humor, esta última dirigida por David Leiva) junto a Ciudad Gótica, Ciudad Tónica y Viajeros de la Underwood, revistas



independientes literarias y culturales de los años 90, de las que se ocupó en una tesis Natalia Massei (3). Y la constelación de revistas “subte” del período estudiado por Margiolakis. Muchas, recuerda Horacio Vargas (inventor de la sigla), se reunieron en la Agrupación de Publicaciones Alternativas de Rosario (Apar). Algunas eran revistas estudiantiles: Punto de Fuga, del Politécnico; Desde la Jaula, del Normal 1. Parábola, órgano del Partido Socialista de los Trabajadores (dato que ni sus propi@s redactores sabían) empezó en el Superior de Comercio y se “undergroundizó”. Otras fueron siempre independientes: Smog, Barlovento, Rayuela, Acuarela e Invisible; también Rocksario (de música), Unidas (feminista), El Maldito Chocho (de historieta), El Poeta Manco (célebre por sus pintadas urbanas) y tantas más. Continuará...

**Notas**

- (1) Margiolakis, E. (2015). *La conformación de una trama colectiva de publicaciones culturales subterráneas durante la última dictadura cívico-militar argentina. Contenciosa*, (2). <https://doi.org/10.14409/contenciosa.voi2.5060>.
- (2) Aguirre, O. (ed.) (2013). *Boom. La revista de Rosario. La Chicago Editora (Rosario)*.
- (3) Massei, N. (2019). *Zonas de escritura. Narrativas y campo literario en Rosario (1990-2001)*. Universidad Nacional de Rosario. Centro de Estudios Interdisciplinarios. *Maestría en Estudios Culturales*. <https://rephip.unr.edu.ar/>



**Cámara de Senadores de la Provincia de Santa Fe**

2020 | Año homenaje al General Manuel Belgrano



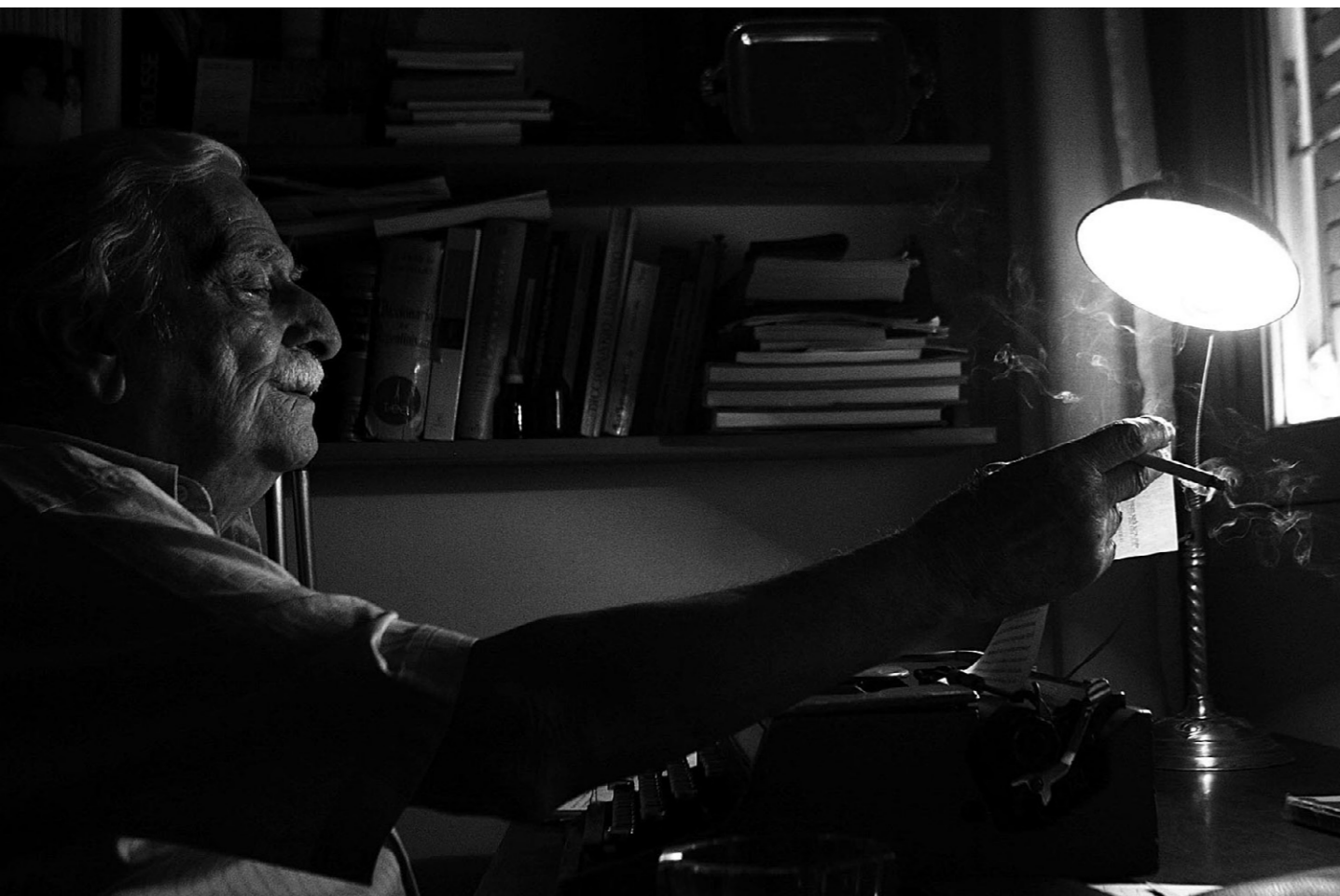
EL ESCRITOR ROSARINO JORGE RIESTRA, FALLECIDO EN 2016,  
DA TESTIMONIO DE SU PASIÓN Y SU ARDUO TRABAJO

## El regreso de un narrador esencial

El hallazgo fortuito de una grabación casera que hicieron dos adolescentes en 1986 recupera la voz del autor en la presentación de *El opus*, la singular novela que le valió el Premio Nacional de Literatura pero es la menos leída de sus obras

Por **Alicia Salinas**

Foto **Pancho Guillén**



El encierro que vivimos desde marzo para evitar la propagación del coronavirus implicó restricciones, distancias y quebrantos, pero también produjo pequeños milagros. Así lo sintió Lautaro Kaller —encuestador, historiador y coleccionista de tango— cuando en el intento de digitalizar uno de los 500 casetes que heredó de su papá (quien atesoraba en total cinco mil grabaciones caseras de sus tres hijos) comenzó a escuchar la inconfundible voz del escritor Jorge Riestra. A principios de 1986, con trece años, Kaller había viajado a Rosario desde Bouquet junto a su hermano de quince; entre los eventos que registraron los chicos durante aquella jornada figura la presentación de la novela *El opus*, celebrada en la librería Ross y de la que no se tenía hasta ahora ningún archivo o documento.

Acaso como una jugada del destino, un regalo de su padre melómano —fallecido en 2003— o un giro estilístico propio de la obra que le permitió a Riestra ganar el Premio Nacional de Literatura, irrumpieron en plena cuarentena, sin atenuantes, las voces del autor y de los presentadores de *El opus*: la escritora Alma Maritano, el poeta Hugo Diz y el editor Carlos Kolodziej, del sello Coquena. Entre los pliegos que proponen la memoria y sus contracasas, Kaller se sorprendió porque si bien recordaba que siendo un adolescente inquieto y aficionado a la radio había estado aquella tarde en la librería, olvidó por completo que los discursos estaban grabados. Nunca llegó a decírselo al propio Riestra, de quien se hizo entrañable amigo desde que vino a Rosario para estudiar en la UNR. Fue una amistad que floreció y se consolidó en las brumas de la noche, en los cafés, en el gusto común por el tango, a pesar de la diferencia de edad (se llevaban casi medio siglo).

Riestra había nacido en 1926 y murió en 2016, a poco de cumplir 90 años. Desarrolló y situó su vida y su obra en Rosario. Fue el único rosarino en recibir el premio que desde 1913 otorga un jurado convocado por la Secretaría de Cultura de la Nación, hoy Ministerio, y con el que fueron galardonados entre otros Jorge Luis Borges, Silvina Ocampo y Andrés Rivera. Paradójicamente, *El opus*, cuya hechura le demandó siete intensos años (entre 1972 y 1979), es su libro menos leído.

“Después de haber escrito tantas páginas durante tantos años, yo querría llamarme a silencio absoluto, que la gente los lea y sean ellos quienes hablen”, advierte Riestra a través del tiempo. Dispara cada idea con calma, sin apuro. De fondo se

*“El silencio es fundamental para escribir. La literatura participa del silencio, por suerte, en un mundo frenético, vertiginoso y ruidoso. Escribir y leer son actos del silencio, yo lo quiero mucho al silencio”.*

escucha a un bebé que balbucea. “Hay obras tan intensas que van creciendo como lo hace un árbol, por ahí parece que se seca el proyecto, por ahí llueve nuevamente, uno se siente fértil y vuelve al trabajo. Son momentos de angustia cuando uno siente que la obra para, parecería que la tarea no puede continuar. En años muy difíciles políticamente, con mucho miedo por las calles, muy triste el país, yo tuve la suerte de poder dialogar con algunos amigos sobre la novela que estaba escribiendo: fueron noches de desahogo, porque la obra se hace en una pieza a lo largo de muchos días y silencios, de mucho apartamiento más que de soledad. Uno está muy contenido trabajando: la ventana, el escritorio, la silla, la máquina de escribir, los libros, y uno puesto allí durante cientos y cientos de mañanas”. La voz del escritor se hamaca, suave y profunda. “El silencio es fundamental para escribir. La literatura participa del silencio, por suerte, en un mundo frenético, vertiginoso y ruidoso. Escribir y leer son actos del silencio, yo lo quiero mucho al silencio. Cuando uno escribe les da voz y sonidos a las palabras y ese sonido de alguna manera entabla un diálogo entre uno y las cosas, uno y la página, uno y los personajes; pero eso no alcanza. No podría explicar hoy cómo fue hecha esta obra, el procedimiento que llevó a que de tres palabras nacieran como ciento ochenta mil”, admite desde una silla de la librería de peatonal Córdoba. Aquella frase iniciática sobre la que se erigió esta monumental *summa* de lenguajes, géneros y códigos data del 10 de noviembre de 1972 y reza simplemente: “Conozco a Cora”. A partir de allí, el aluvión.

“Jorge decía que *El opus* se le disparó y se le fue de las manos, que él iba...”, rememora Kaller, llamando por su nombre de pila y no por el apellido a su compinche (“si hasta nos hemos jugado juntos una quiniela...”). “A Jorge lo atravesaba lo poético, hablaba de la obra como que tenía cuerpo y espíritu. Decía que la obra lo llamaba para que la escribiera, eso era muy propio de él. Al final de su vida no le daba más el cuerpo pero igual planteaba que la obra le requería cosas; escribir era una motivación de vida muy



grande. De *El opus* hablaba con mucho respeto porque le dio un alivio económico”, aporta. Es que el premio nacional, además del reconocimiento que supone, funcionaba en tanto estímulo material y artístico al garantizar una pensión vitalicia.

“Hace algunos años comenzó a contarme en el (bar) Savoy sobre lo que él llama *el mamotreto*, una cosa muy especial, una obra fundamental dentro de la literatura argentina”, deslizó en la presentación el poeta Hugo Diz, amigo desde la década del sesenta. Su intervención fue breve, Riestra había pedido que los comentarios no rozaran la apología. Maritano por su parte expuso con firmeza y emoción sobre un texto al que consideró “la historia de una voluntad. (...) El autor compromete su vida entera, su yo esencial, su entorno espacial y su ámbito histórico. Hay novelas que no de un modo casual se inscriben históricamente en circunstancias límite de una sociedad en plena fase de descomposición y recomposición”. El país acababa de emerger de la noche negra de la dictadura y ensayaba los primeros pasos de la recuperación democrática.

A pesar de que Riestra era muy reconocido en el campo literario, sobre todo a partir de la aparición de *Salón de billares* (novela, 1960) y *El taco de ébano* (relatos, 1962), no le resultó fácil encontrar editorial para *El opus*, protagonizada por un escritor rosarino llamado Miguel Ángel y de trama difusa. Pasaron por lo menos seis años desde que pusiera el punto final en la página 426 hasta el acuerdo con Coquena. Fue a través del sello local, que ya se había unido a la cordobesa Alción para reeditarle algunos cuentos, que esta

*“Jorge decía que El opus se le disparó y se le fue de las manos, que él iba...”, rememora Kaller, llamando por su nombre de pila y no por el apellido a su compinche (“si hasta nos hemos jugado juntos una quiniela...”).*

obra magnífica, polifónica, laberíntica y por momentos exasperante vio la luz en febrero de 1986. Sin embargo, la mayoría de los dos mil ejemplares no se vendieron. Así lo confirma Kolodziej desde la librería de usados – “y nuevos y raros” – que atiende en Entre Ríos al 1200, La Maga.

“Fue el último libro que hice, no me fue bien económicamente y eso me frenó para seguir editando”, reconoce, aunque en perspectiva no culpa a la novela

sino a múltiples factores en el marco de aquella sociedad en recomposición que mencionara Maritano, con turbulencias varias que terminarían incluso en un proceso hiperinflacionario. “Yo venía de publicar una antología poética de Juan L. Ortiz, en base a los tres tomos de la Vigíl”, rememora Kolodziej. En efecto, la Biblioteca Vigíl, en la que trabajó el propio Riestra, había reunido en 1970 la obra del entrerriano bajo el título *En el aura del sauce* pero el ataque del terrorismo de Estado al proyecto cultural del barrio Tablada también afectó ese libro. De allí que la antología que acuñó Coquena a principios de los ochenta, Juanele ya fallecido, se vendió “como pan caliente”. Con la estrella de ese antecedente auspicioso y tras seis meses de trabajo de composición, nació *El opus* bajo el cuidado de Pedro Cantini, con cubierta de Omar Núñez. “Habría que mencionar a Joyce y a Pavese, así, contradictoriamente, para suscitar el eco que irradia la obra de Riestra; y hablar del arco que va, en nuestra narrativa, de *Adán Buenosayres* a *Rayuela*, para aludir a la monumentalidad expresiva y a la audacia creadora de *El opus*”, se lee en la contratapa a cargo del crítico y periodista porteño Luis Gregorich.

“El impulso que yo tenía por los temas que la novela incluye debió estar dentro de mí durante mucho tiempo sin que lo advirtiera, porque debo confesar que desembocó en ideas que tienen que ver con mi formación como escritor, pero de ahí parte a un mundo que no estaba en mis cálculos”, retoma Riestra. “Para este vasto proyecto no parto de un planteo apriorístico, por ejemplo el de escribir una novela experimental como alguien me dijo alguna vez. Yo me sonreí porque no sé si es de vanguardia, sí sé que no me

propuse romper estructuras: la obra fue creciendo sola. Yo fui un instrumento de la obra, me dirigió bastante, quizás mucho más de lo que yo la dirigí a ella, como si hubiera adquirido vida propia”, insiste, y su voz queda registrada en un casete que esa misma noche viajó a la comuna de Bouquet, fue rotulado con la escueta leyenda “1986” por el médico del pueblo –padre de quienes apretaron la tecla “record” de un grabadorcito de mano– y permaneció oculto durante 34 años. “En los comienzos vi que la idea era rica

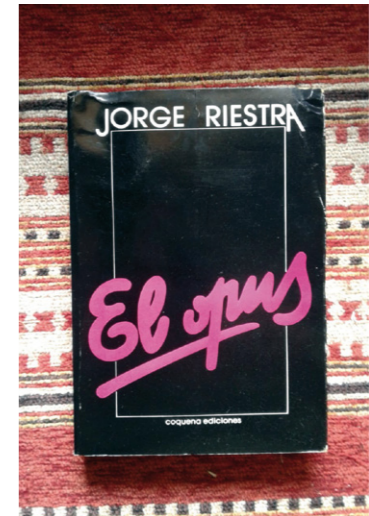
y que me esperaban años de trabajo; había que tener la fuerza como para apartarse del mundo, encerrarse en una pieza y trabajar. Siete años de silencio, de no editar, de no hacer nada más que eso. No sabía muy bien adónde iba a parar, sí que había un motor que estaba funcionando y me demandaba”, explica Riestra, estirando algunas palabras de manera que las frases por momentos envuelven como un canto.

“Salieron varias reseñas, por ejemplo en los diarios La Nación (de María Esther de Miguel), Tiempo Argentino (de Jorge Rivera) y La Capital (de Alma Maritano), pero no se vendió como esperábamos”, apunta Kolodziej, todavía con un dejo de amargura. “Empecé vendiendo libros en la calle en 1978, tenía la distribución de los escritores de Rosario en Buenos Aires y me largué a editar. Lo más lindo de la cadena del libro es la edición porque se hace en equipo. También es un negocio, te puede ir mal o bien”, remata.

Para Riestra el fracaso comercial de su obra representó una enorme decepción, incluso un notable enojo. Pero la historia aún tenía capítulos por escribirse: en dos años *El opus* obtendría el premio nacional de Letras en el género novela, cuento y relato correspondiente al cuatrienio 1983-1986. En una entrevista que concedió a Clarín en 1989, reflexionó sobre el premio. “La obra fue mucho para mí y, con franqueza, le debo la vida, claro que ella también me la debe a mí. Me alimentó, me dio fuerzas para seguir luchando en momentos muy difíciles del país y de mi vida”, expresó. Es que a los pocos meses de vislumbrar el proyecto, tuvo un accidente automovilístico en el que murió su esposa y del que le quedaron secuelas en las piernas.

Lautaro Kaller llegó a Rosario a principios de los noventa con 18 años para estudiar en la universidad. Casi de inmediato conoció a “don Jorge en el Olimpia nuevo, donde él tenía domicilio. El viejo bar Olimpia de Rioja 978 cerró cuando yo era chico y después lo llevaron a Maipú entre Córdoba y Santa Fe. En el Rosario Billar Club de Sarmiento entre San Juan y San Luis nos veíamos con Jorge todas las noches. Se sentaba en la mesa solo, pedía un café y miraba la partida, era muy respetado por todos a pesar de su origen intelectual y de que no tenía actividad lúdica. Charlaba pero no jugaba ni al póker ni al casín ni al billar. A veces nos quedábamos los dos solos hablando hasta tarde, nos poníamos a tomar un vino y se hacía más largo”.

En septiembre de 2001 Kaller se mudó a un



departamento donde vivió por tres meses, en un lapso muy particular del mundo y del país (entre la caída de las Torres Gemelas y el estallido del 19 y 20 de diciembre). “En ese período leí *El opus* y a la noche me encontraba con el autor de carne y hueso, lo cual es bastante raro. En el café todos sabían de su oficio de escritor aunque no lo hubieran leído, decían: «Lautaro está con el poeta». Es que algunos lo llamaban poeta”, aclara con un brillo de nostalgia en la mirada, pero cuando apura el último sorbo del cortado el tiempo parece una sustancia lábil. Hay humo en la sala.

“Yo vivía en esos años una auténtica tragedia personal”, nos confía Riestra. “Es un misterio por qué la obra me llevó hacia un enfoque humorístico paródico que jamás esperé, yo tenía una cosmovisión muy triste en esa época y encima con el país lamentable que teníamos, que se destruía por todos los costados. Un mediodía, ya con la obra avanzada –no leía el diario o a lo sumo lo leía por la tarde porque podía sufrir un quebranto que me dejara quieto, y no me quería paralizar–, yo estaba contento porque había logrado la página; pensaba: «El país se destruye y yo intento construir». Ahora, ¿qué significa un libro en esta confusión de valores?”. Lo seguimos con atención, a la espera de una clave. “El autor sigue trabajando aun en las peores condiciones, en su pieza, en su trinchera. Si la obra tiene algún valor, es que me permitió enfrentar ese mundo tan hostil”.

La cinta está a punto de terminar, el bebé que balbucea tiene más de treinta años. Riestra no se rinde. “Si el libro transmite vida, hace reír, enternece; si la obra se hace querer, a mí me alcanza”. A lo lejos, se escuchan aplausos.





## Cuenta Ciencia para colorear

En tiempos de pandemia y receso escolar, es más importante que nunca buscar alternativas para que los niños y niñas puedan jugar y disfrutar dentro de casa. Cuenta Ciencia para colorear es una iniciativa de la UNR Editora, para acercar a los más chicos un cuento que se puede imprimir en casa e intervenir, para dejar volar la imaginación entre lápices y colores

En el libro, que ya se encuentra disponible para su descarga, se puede encontrar a los personajes de la colección Cuenta Ciencia: Manu, Celeste, Emilio, Matías y Nacho paseando por la ciudad y haciéndola propia. Podemos ver a Emilio volando en el Jardín de los Niños, a Celeste yendo al Planetario y a todos los personajes tocando en la Orquesta Infantil o jugando en la plaza Pocho Lepratti.

Cuenta Ciencia es la primera colección que la UNR Editora

realiza en un formato dirigido al público infantil. La misma aborda temáticas de las Ciencias de la Salud destinadas a los más pequeños y cuenta con cinco títulos: *Ojos de galera* de Cecilia Reviglio; *Una historia de Alfajores y Chinchulines* de Alisa Lein; *Nacho inventor* de Sergio Pillon; *Un pajarito chiquito puede* de Sebastián Carazay y *Un truco para Matías* de María Soledad Casasola.

La colección fue desarrollada por la Dirección de Comunicación

de la Ciencia de la UNR, junto a profesionales del Grupo Por mis Derechos del Hospital de Niños V. J. Vilela. La colección es dirigida por María Soledad Casasola e ilustrada por la diseñadora Cris Rosenberg.

Tanto el libro para colorear como los cinco cuentos de la colección leídos por sus autores pueden encontrarse en las redes sociales de la UNR Editora.

IG: @unreditora  
FB: UNR Editora

LOS CUARENTA AÑOS DE HOMO SAPIENS

## El paraíso de los libros

En Sarmiento casi Córdoba se abre el local de Homo Sapiens, una de las librerías más importantes de Rosario y una editorial que ya es marca registrada en América latina. José “Perico” Pérez, su fundador, cuenta la historia de un emprendimiento ejemplar, que en plena pandemia continúa apostando al futuro

Por **Fernanda Blasco**

Pocas cosas le gustan más en la vida a José Perico Pérez que recomendar libros. Cuando alguien se acerca dudando a las estanterías, le basta indagar un poco en su perfil para —a los pocos minutos— dar en el blanco a la hora de sugerir lecturas. Sonríe al ver que los clientes vuelven por más. Clientes que, con el paso del tiempo, se transforman en amigos. Las recomendaciones personalizadas son un sello —y el corazón— de Homo

Sapiens, su librería, que por estos días cumple cuarenta años. Lo que comenzó como un pequeño y arriesgado emprendimiento unipersonal en un rincón de la Facultad de Humanidades y Artes (UNR) hoy es una marca rosarina de trayectoria.

Mucho ha pasado en estas cuatro décadas. El Perico librero fue mutando a medida que avanzó el negocio: se convirtió en empresario, gestor cultural y editor responsable de uno de los sellos

más importantes en lo relativo a textos de educación en América latina. Lejos de las etiquetas, él admite que nunca dejó —ni dejará— de ser librero. “Me da placer estar en la librería, saber qué le gusta a cada persona, recomendar a medida”, sostiene. Ese librero apasionado convive en su corazón con el militante eterno. Una militancia de izquierda que arrancó en sus tiempos universitarios y —aclara— va más allá de un partido político. “Tan simple

Sebastián Vargas







como entender que nadie se salva solo”, remarca. La frase, tan escuchada en estos meses de pandemia, resume su filosofía de vida y, por extensión, también la de su librería.

### Vender libros puerta a puerta

Perico es un apasionado de los libros pero cuando era chico leía poco, apenas algunas historietas, ya que no había tradición literaria en su familia y los textos escolares no lo motivaban. Los estudios universitarios, sin embargo, le abrieron la mente: esos libros (académicos pero también literarios) comenzaron a llevarlo a otros mundos. “Mi deseo es que todos en la vida puedan alguna vez disfrutar de un buen libro”, suspira.

Aunque hoy parezca imposible, allá lejos y hace tiempo Perico tuvo una vida prelibrera. Fue cuando vendía seguros de sepelio, bonos de capital y

hasta rifas. Pero su “verdadera vida” comenzó al vender libros casa por casa. “Vi un aviso en el diario y llamé para sumarme al equipo. Vendíamos enciclopedias y diccionarios, también cuentos para chicos, que se pagaban en diez cuotas. Eran otras épocas, la gente era receptiva, te abría la puerta”, analiza. Su zona de acción era la zona sur y algunos barrios Fonavi.

Del librero al emprendedor había un solo paso. Perico asistió, en los 80, a una Feria del Libro y se sorprendió al encontrar en un stand los mismos libros que él vendía. “Empecé a indagar para armar mi propio equipo de venta. Compré unos libros y me organicé”, resume. En paralelo, intentaba estudiar Derecho en la Universidad Católica. Pese a que la madre le había comprado la biblioteca soñada para todo abogado, nunca rindió allí ninguna materia. El gran salto sería irse a estudiar Historia en

Humanidades y Artes. “En ese tiempo era muy fuerte el clima represivo en la facultad. Había policía en la puerta, no podías caminar libremente por los pasillos, si llegabas tarde no entrabas. Fue un gran foco de desaparecidos”, remarca. Los tiempos difíciles no lo amedrentaron. “A partir de la facultad empecé a ser quien soy”, reconoce.

### Un “huequito” en la facultad

Junto a la militancia universitaria llegaría su primera librería, en un “huequito” de la planta baja de la facultad de Entre Ríos y Córdoba. Perico se cuida de aclarar que su primer negocio era apenas “una fotocopiadora con algunos libros”. Compró la máquina con seis cheques, el último de los cuales le costó mucho pagar. La *Historia universal* de Maurice Crouzet es un libro que quedó asociado siempre en su memoria a aquella

época. “Tenía tan pocos libros que yo ponía en un lugar bien visible ese ejemplar grandote y hasta lo abría en dos para que ocupara más lugar”, ríe. Ya convertido en empresario intentó rastrearlo para sumarlo a su biblioteca personal, pero no tuvo éxito. Años más tarde, una amiga que conocía la historia lo sorprendió al regalarle los tres tomos por su cumpleaños. “Claro que no pienso leerlos, pero tienen muchísimo valor simbólico”, se emociona.

Eran épocas de fuerte militancia, una actividad que le hizo ver la vida de una manera diferente, asegura. Además, lo llevó a conocer grandes amigos, entre ellos a quien luego sería su socio, Gabriel Riestra, y hasta a su futura esposa. “Reivindicamos la militancia, era muy puro el compromiso, no teníamos un peso pero empujábamos causas justas”, sostiene. Sin embargo, esa misma militancia hizo que en determinado momento le aumentaran exageradamente el alquiler para “diplomáticamente” sacarlo de su negocio.

Fueron dos años de parate, en donde apenas juntaba unos pesos vendiendo libros los fines de semana en la plaza Pringles. Aunque en aquel momento el panorama era desolador, en retrospectiva fue un paréntesis necesario: si bien no lo sabía, Perico estaba juntando fuerzas para los intensos años que se le vendrían, en los cuales armaría su propia familia y emprendería su negocio editorial. Un negocio que, los primeros años, tuvo su vida marcada por mudanzas. Con cada nacimiento de uno de sus hijos vendría un nuevo local.

### Una sucesión de mudanzas y nacimientos

En 1985 nació su primer hijo, Pablo Nicolás (por Neruda y Guillén, respectivamente). Fue el año en que alquiló su primer local, en el Pasaje Pan.

“Tengo una sola foto de aquella etapa. Había estanterías de caña, teníamos la registradora y la fotocopiadora en el centro con los libros alrededor”, describe. Un diseño muy llamativo: todo aquel que pasó por la librería lo recuerda. Cuenta que intentó poner algunas mesas para café en el centro de la galería, como hoy hacen varios negocios, pero a los dos días se las hicieron sacar. “Pablo estaba todo el tiempo en la librería en su mecedora, cuidado por todos, mientras mi mujer daba clases. Después al crecer empezó a tirar los libros al piso como juego y hubo que buscar a alguien que lo cuidara”, ríe.

A poco tiempo de abrir ese local, Perico sumó a su equipo a Gabriel Riestra, estudiante de Psicología con quien compartía militancia. “Me ofreció trabajar con él y me pareció interesante, yo era un ávido lector, los libros siempre fueron importantes en mi vida”, subraya Riestra. En aquel momento, Homo Sapiens se presentaba como una pequeña librería vinculada a Humanidades que ofrecía material nuevo (anteriormente censurado) a los docentes que volvían a sus cargos y a la gente que retornaba a la facultad, algunos perseguidos y otros exiliados. “Homo Sapiens acompañó todo lo que fue la transición democrática y la normalización universitaria”, rescata Gabriel.

Les fue tan bien que se entusiasmaron con la posibilidad de mudarse. Perico caminaba hacia el banco Argencoop en 1987 cuando vio un letrero de “Se alquila” en un local de Santa Fe 1315. “Tomé en ese momento una decisión difícil, abandonar la fotocopiadora, que era un centro de recursos, y concentrarme en los libros”, precisa. “Era un lugar muy chico pero el equipo que armamos era excelente”, sostiene. Este año nació su segunda hija, Victoria.

En ese local, a la vuelta de Humanidades, “la librería confirma

su perfil”, analiza Gabriel, quien pasaría pronto de ser empleado a socio. Esta etapa se cierra con la crisis de 1989: Villa Martelli, La Tablada, hiperinflación y salida anticipada de Alfonsín. “Fue un proceso duro pero lo aguantamos y empezamos, al fin, a ver un horizonte de salida. Perico empieza a visualizar una apuesta grande, queríamos crecer, pensar el espacio no solo como librería, sino como algo más amplio”, agrega.

### Librería y algo más

En los 90 llegó la tercera descendiente de la familia Pérez, Malena. La escena se repitió: Perico caminaba por el centro y posó sus ojos en un cartel de alquiler, esta vez ubicado en un local de Sarmiento 646. “Era muy grande, todo un desafío. Fui a la inmobiliaria y no sentían que yo fuera confiable, pero igual los convencí”, evoca. Era un galpón gigante, lleno de libros, que tenía en el fondo unas mesas donde sentarse a tomar café. “Cuando entraba alguien y yo ya lo conocía, iba caminando desde el fondo buscando los libros que sabía que le podían interesar y se los dejaba sobre una mesa”, evoca con una sonrisa. “Queríamos que la gente sintiera calidez en la librería, que pudiera sentarse y disfrutar la experiencia. Queríamos integrar muchas cosas, no existía aún el concepto de librería con algo más”, aclara.

En esta etapa, se suma al equipo Walter Parnisari. “Siempre fui bastante lector y además un comprador de libros compulsivo, compraba más libros de los que podía leer y los compraba siempre en Homo Sapiens, a partir de eso generé una amistad con Perico y Gabriel”, cuenta. Walter estudiaba Psicología en Humanidades, donde al final de su carrera comenzó a vender libros para un kiosco que funcionaba dentro de la facultad. “En una de esas tardes de otoño, Gabriel me descubre



vendiendo libros. Me preguntan qué hago y le cuento. Al otro día me llama Perico y me dice que quiere que trabaje con él. No lo dudé un instante”, recuerda. “El local de Sarmiento al 600 era un paraíso de libros, el universo donde me siento más cómodo, un mundo al que creo que pertenezco. Me acuerdo de que la cabeza de José funcionaba a mil, siempre muy inquieto culturalmente”, sostiene.

El negocio comenzó a ampliar su oferta por fuera del perfil humanístico que habían consolidado. Empezaron a trabajar con las principales editoriales del país en ese momento: Sudamericana, Planeta, Javier Vergara y Emecé. Apostaron fuerte también al sector infantil. En el entrepiso del local de Sarmiento armaron, además, una especie de centro cultural.

“Perico siempre fue un gestor cultural y la militancia universitaria fue una experiencia que nos hacía pensar en la posibilidad de desarrollar actividades vinculadas al libro. No solo venderlo. Pensar al libro desde un lugar integral, que hubiera presentaciones, conferencias, talleres, una serie de movidas”, precisa Gabriel. Hubo algunas actividades inolvidables de destacadas personalidades como Ricardo Piglia o Abelardo Castillo.

Pero la que quedó en la memoria de todos fue la presentación de *Robo para la corona* de Horacio Verbitsky, a fines de 1991. La noche previa a la presentación, el periodista y escritor había sido la estrella del programa de Bernardo Neustadt. La suya era una de las primeras denuncias contra el menemismo. Cuando Verbitsky llegó a Rosario, los medios lo estaban esperando para entrevistarle y una multitud ansiaba escucharlo. Fue necesario “cerrar” el salón de ventas de la planta baja y copar la librería

con sillas para que entrara más gente. Pero eran tantos que muchos quedaron afuera.

### Animarse a publicar

“En 1992 nace la editorial, que surge de una necesidad. Me movía entre gente que pensaba y escribía pero no tenía dónde publicar”, resume Perico. El puntapié inicial, aunque fallido, fue cuando participó de un congreso de educación en el Normal 2. “Había unas expositoras españolas a las que les propusimos publicar. Ese libro nunca salió pero ya estaba el germen. Finalmente, el primer libro fue de Fernando Avendaño. Hace veintiocho años de eso y todavía le seguimos publicando”, subraya.

Fue una etapa de mucho aprendizaje. “Tardamos un tiempo para que nuestros libros despegaran”, admite Perico. “Además, notamos que los títulos y las contratapas eran una clave para atraer al lector. Nuestros primeros diseños eran muy barrocos, nos fuimos volviendo más prolijos”, enumera. Entre tanto aprendizaje hubo decisiones importantes. De arranque habían decidido abarcar las ciencias sociales, pero luego definieron concentrarse en la formación docente, libros infantiles y colecciones vinculadas a Rosario (su historia, su literatura, sus personajes).

“Homo Sapiens quedó afianzada como librería y editorial. Tuvimos mucha participación en ferias del libro durante los 80. En los 90 participamos y en algún momento incluso empezamos a organizarlas junto a un grupo de colegas de la entonces Cámara de Libros de Rosario”, recuerda Gabriel. Remarca, particularmente, la importancia que tuvo la feria del 94. “Habíamos publicado la biografía de

Fito Páez, de Horacio Vargas. Fue uno de los libros que tuvo venta general grande y mucha visibilidad en Buenos Aires”, subraya.

Luego llegó otra crisis a fines de esa década: corralito, cacerolazos, represión, De la Rúa huyendo en helicóptero. “Podimos salir adelante porque hubo una fuerte apuesta a la exportación. Perico viajó por toda Latinoamérica con otros colegas e hizo ventas muy importantes. Hoy queda la red armada, no tiene el desarrollo que pudo tener en ese momento pero sigue siendo importante para nuestra editorial”, admite Gabriel.

### Medialunas, café y libros

Y se vendría otra mudanza. Pero, esta vez, les llegó directamente una propuesta de alquiler para mudarse a otro local mucho más grande. Primero dijeron que no porque estaban en plena crisis. Tiempo después lograron recomponerse y decidieron –como siempre– seguir empujando para adelante. Así llegaron al local de Sarmiento casi Córdoba donde funcionan desde marzo de 2004. Allí llegaron en un momento de recuperación económica para el país, que les permitió fortalecerse.

“Nos mudamos un día de lluvia, que dicen que trae suerte, pero mucha suerte no era porque nada más complicado que trasladar libros bajo agua”, bromea Perico. En este punto, Homo Sapiens decide aliarse con otra empresa local: Nuria. En el espacio actual las estanterías repletas de libros van de pared a pared, luego las estanterías se fusionan con las mesas del bar. En el primer piso, funciona un centro cultural. El crecimiento en este local estratégicamente ubicado fue imparable.

Esta última librería fue la excepción que confirma la regla: no hubo hijo nuevo de Perico que acompañara el salto empresario. Sin embargo, ahora que Homo Sapiens –pandemia mediante– está armando su librería virtual hay un nieto por venir. Porque no es cuestión de romper tradiciones, a lo sumo de ajustarlas. “Teníamos la web de la librería pero no teníamos negocio virtual de libros digitales, empezamos en plena cuarentena. Hoy hay 185 libros de Homo Sapiens en la tienda digital”, remarca Perico. Lejos de amilanarse por la caótica situación mundial y nacional, en estos críticos meses editaron ocho novedades en papel con sus correspondientes presentaciones, que lógicamente debieron ser virtuales. “El desarrollo del mercado de libros digitales aún es marginal pero la pandemia claramente le dio empuje. Es algo de lo cual como librería no te podés quedar afuera”, evalúa.

### Cuatro décadas de vida

Cuarenta años después de aquel primer “sucucho universitario”, Homo Sapiens lleva publicados 1.050 libros, en su mayoría de autores argentinos pero también latinoamericanos y europeos. Ha coeditado libros con otras prestigiosas editoriales como la española Eduforma y la mexicana Limusa. Además, ha trabajado con grandes autores, desde Ernesto Cardenal y Elsa Bornemann, hasta Osvaldo Bayer, por mencionar apenas algunos. En paralelo, realiza desde hace más de dos décadas congresos de educación y conferencias con disertantes nacionales y extranjeros.

“A muchos años de habernos iniciado en este camino, en un rubro



que cambió mucho, seguimos vivos. Y seguimos con ganas e ideas renovadas para seguir trabajando”, remarca Gabriel, quien considera que estos treinta y siete años de “convivencia” con Perico fueron exitosos por varios factores. “Nos tenemos confianza, respeto y mucho cariño. También compartimos una ética y una visión de lo que es el trabajo y la tarea cultural. Los dos aprendimos mucho, hicimos de esto oficio y medio de vida”, evalúa.

El equipo de Homo Sapiens tiene un largo camino recorrido, pero también mucho por delante. Pablo,

aquel bebé al que todos cuidaban en el local de Pasaje Pan, y Camila, la hija de Gabriel, se sumaron hace algún tiempo a la senda de sus padres. “Cumplimos cuarenta en un año muy crítico, en el que la venimos remando, pero hay equipo y ganas de festejar, aunque sea de manera virtual”, asegura Perico. La crisis actual –una más entre tantas– golpeó duro a la industria editorial, pero Homo Sapiens sigue resistiendo los embates. Dar batalla a las crisis y cranear proyectos a futuro le gusta tanto o más a este librero militante que recomendar libros.



# El escucha urbano

Por Horacio Vargas

No quiere aparecer en las fotos con su rostro en primer plano. Entiende que no es necesario, sugiere que si hay una imagen a reproducir es la del aparato con que capta los paisajes sonoros de la ciudad, como el chorro de agua en el laguito del parque Independencia.

Su labor es ser un escucha urbano, tener el oído atento y una sensibilidad particular para captar mensajes humanos, animales, maquinales.

Un paraviento de color gris recubre y protege a la pequeña y poderosa grabadora Zoom H2N, con cinco micrófonos incorporados, de las interferencias.

Se llama Adolfo Corts, pero todos lo conocen como *Corcho*. Anda por el mundo con el “bicho” tecnológico y su mochila protectora y dirige el proyecto Sonidos de Rosario. Tiene con sus aliados una web: <http://www.sonidosderosario.com.ar>, donde están todos los que pusieron sus voces, sus historias.

—Yo haría una convocatoria a gente que lea textos en cualquier lugar, que hable por whatsapp, que deje mensajes en radios, que sean muchas voces diferentes, con sonoridad de la ciudad, barrios... —me contestó una vez cuando le propuse una idea a desarrollar.



Creo que estamos a tiempo.

Sebastián Vargas



Sebastián Vargas



  /vidrierasenredrosario



**Empezá  
a vender donde  
la gente está  
empezando  
a comprar.**

Sumate a la plataforma de comercio electrónico de la ciudad.  
Miles de comercios ya lo hicieron. Adherite entrando a [bmros.com.ar](http://bmros.com.ar).



Municipalidad  
de Rosario

 Banco Municipal





Mutual del Personal  
GRUPO SAN CRISTÓBAL

# Mutual del Personal del Grupo San Cristóbal *en tiempo de pandemia*

## SOMOS UNA MUTUAL EN ACCIÓN SOLIDARIA

POR ESO DURANTE ESTE TIEMPO DE **#QUEDARSEENCASA**, TE ACOMPAÑAMOS CON  
ACTIVADES CULTURALES Y SOLIDARIAS  
CONOCÉ TODA NUESTRA PROGRAMACIÓN INGRESANDO A NUESTRA WEB.

CONOCENOS  
ESCANEANDO EL  
SIGUIENTE CÓDIGO



MUTUALGRUPOSANCRISTOBAL.COM.AR



talleres  
de arte

HILANDO AMÉRICA  
UN CONTINENTE ENLAZADO POR UN JUEGO MILENARIO

OTRA  
FORMA  
DE  
APLAUDIR



CRUZ ROJA  
ARGENTINA



NUESTRO ESPACIO MULTICULTURAL FORMA PARTE DE LA NUEVA RED  
ARGENTINA DE MUSEOS Y ESPACIOS DE ARTE (RAME).